CRITERIO

DIVORCIO Y SENTIDO SOCIAL

GUSTAVO J. FRANCESCHI

TECNICA MISIONAL

T. M. F. LONG

CORRESPONDENCIA CON GABRIEL MARCEL

VERDADERA Y FALSA TEOLOGIA DEL PATRIOTISMO

COMENTARIOS — PENSAMIENTO PONTIFICIO — DOCUMENTOS — REVISTAS — TEATRO — CINE — INFORMACION CATOLICA

DIRECTOR
Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI



$ 2.-

25 de Octubre de 1951
Año XXIV
Nº 1150


Dos monumentales edificios
en la calle Florida... arteria máxima
porteña, y 19 Sucursales en las
principales ciudades de la Republica
8.000 colaboradores,
entre empleados y obreros, forman una
verdadera legión, que siempre está dispuesta
a atenderlo con su invariable consigna...
"Nuestra mejor atencion es para usted..."
Una institución
al servicio de toda la población...
que presenta los mas amplios y completos surtidos
en mercaderias de la más alta calidad,
para satisfacer las exigencias del
vestir moderno y el confort en el hogar
68
1883-1951
AÑOS de ininterrumpida
vida comercial...
simbolo de trabajo tenáz
y honesto que le ha permitido
ocupar un puesto de avanzada en la historia del
brillante desenvolvimiento económico-social Argentino
Esto es GATH & CHAVES

Criterio

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXIV Buenos Aires. 25 de octubre de 1951 Núm. 1150

Registro de la Propiedad Intelectual Nº 313.114

DIVORCIO Y SENTIDO SOCIAL

GUSTAVO J. FRANCESCHI

DETERMINADOS movimientos de índole colectiva se producen por pulsaciones, es decir, que después de un crecimiento progresivo su volumen disminuye, para tornar luego a intensificarse, pasando de este modo por fases sucesivas y alternadas. Tal ocurre, desde fines del siglo XVIII, con el divorcio. Allá en los tiempos de Lutero y Enrique VIII se lo instaló en los países protestantes, de manera especial por conveniencias regias, permaneciendo desconocido entre los católicos hasta que lo proclamó la revolución francesa. Conservólo Napoleón I porque personalmente le era útil, mas después de caído el emperador entró en un franco descrédito. Empero el liberalismo novecentesco creyó oportuno añadir la libertad de divorciarse a todas las demás que propiciara desde el punto de vista individualista que le era propio, y la ola fué creciendo hasta llegar a su culminación inmediatamente antes de la guerra de 1914. Por esa fecha ya estaban suficientemente comprobadas sus consecuencias de orden social, y muchos hombres abrieron los ojos sobre lo que significaba esa práctica para el porvenir de las naciones, particularmente las de escasa población. De ahí un declinar del divorcismo sobre todo entre las personas no apegadas a un añejo individualismo; movimiento que sin embargo duró poco, según lo demuestran ciertos fenómenos recientes. El último de ellos sobrevino en el Brasil, donde no sólo los católicos, sino hombres que sin serlo encaraban el problema desde el punto de vista del interés colectivo, —entre ellos el presidente Dr. Vargas—, opusiéronse a que se conmovieran y pusieran en peligro las bases mismas de la familia. Ahora bien, siempre es inquietante el incendio en casa del vecino. El examen de las campañas brasileñas, y ciertos indicios observados en otros países, me han decidido a tratar aquí el problema del divorcio en relación con el sentido social. Creo que con esto contribuyo entre otras cosas a destruir un prejuicio divulgadísimo, que consiste en afirmar ser la religión la única razón del repudio al matrimonio disoluble. En otros términos, es opinión muy difundida la de que nosotros excluimos el divorcio *nada más que porque somos católicos*, y que si no mediara nuestra fe nada tendríamos que oponerle, *al menos para los no católicos*. La ver-

dad es muy distinta: aun prescindiendo del motivo religioso, y colocándose en el terreno exclusivamente social, tal cual puede hacerlo un hombre sin fe, habrá de rechazarse el divorcio como absolutamente contrario al bien colectivo, y progresivamente destructor de la comunidad, aunque favorable en algún caso al interés particular: el motivo religioso, en los católicos, *se suma a los demás*, pero en modo alguno constituye la *razón única* por la que se reprueba la inestabilidad familiar. En otras palabras, el divorcio, si se lo instituye, es un mal no sólo para los católicos sino para toda la colectividad social.

He aquí indicado el tema de las páginas que siguen.

EL PUNTO DE VISTA CATOLICO

Como lo acabo de manifestar, dejo de lado la exposición del aspecto específicamente católico del problema, porque desde este punto de vista el asunto es de claridad tal que no ha lugar a discusión.

En efecto, refiriéndose al matrimonio, Cristo Nuestro Señor, preguntado por algunos fariseos acerca de si era lícito repudiar a la esposa por una causa cualquiera, respondió: "¿no habéis leído que Quien en el comienzo hizo al hombre, hizo al varón y a la mujer, y que dijo: *por esta causa abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se atará a su mujer, y serán dos en una sola carne?* Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre" (*San Mateo*, XIX, 3 y sigs.). San Pablo por su parte, insiste en el punto escribiendo: "en cuanto a los que se hallan en estado de matrimonio, prescribo, no yo sino el Señor, que la mujer no se separe del marido; pero si lo hace, que permanezca en estado de celibato, o que se reconcilie con su marido, y que el hombre no repudie a su mujer" (*1ª a los Corint.* VII, 10, 11). Ed. Löning, el conocido historiador del derecho, que por cierto nada tiene de católico, ha escrito: "no se encuentra en los tres primeros siglos de la Iglesia un solo testimonio de que la Iglesia haya considerado conciliable con la Escritura el nuevo matrimonio de los esposos separados durante la vida de la otra parte". Y si esto fué la doctrina de la Iglesia durante el período señalado, más lo fué todavía durante la época siguiente. Por lo demás la posición católica al respecto es tan conocida que no vale la pena extenderse acerca de ella.

Agregaré un punto trascendental. Si es efectuado un matrimonio con una especificación anterior, ya entre los esposos ya ente una autoridad superior, de que la unión ha de considerarse como soluble, dicho matrimonio es católicamente nulo. En esto se fundó precisamente la declaración de nulidad del primer matrimonio de Marconi, formulada por el tribunal eclesiástico. Sobre esto no ha de esperarse que la Iglesia cambie, cualesquiera sean los inconvenientes que engendre su actitud. El negar el divorcio a Enrique VIII de Inglaterra trajo consigo la separación religiosa de Gran Bretaña y una persecución implacable; el repudiar la validez del divorcio pretendido por Napoleón I tuvo finalmente como consecuencia la prisión del Papa Pío VII. Ninguno de estos males ha logrado modificar la actitud de la Iglesia. Los servidores de esos monarcas la tacharon de intransigente; el calificativo que corresponde es el de fidelidad a la doctrina, ella cumple con el precepto paulino "conserva el depósito que te fué entregado" y, caso de proceder de otra manera demostraría ser institución puramente humana, y no divina. Se negaría a sí misma.

Algo más sobre el tema. La Iglesia ha debido encarar el matrimonio de los no bautizados, o sea de los que no se hallan sometidos a la ley eclesiástica. En otros términos, se le ha preguntado si el matrimonio es indisoluble *también en virtud de la ley natural*. Y ha debido responder en el sentido afirmativo. Aquí nos hallamos en presencia de toda la tradición cristiana. No voy a establecer una demostración porque no hace falta; me bastará recordar la enseñanza de Santo Tomás de Aquino (*In IV Sentent*, libro I, dist. XXXIII), y la de Pío VI en su carta al obispo Metulense en que, resumiendo la doctrina siempre enseñada en la Iglesia dice: "es dogma de fe que el matrimonio, que ya antes de Cristo era un contrato indisoluble, luego del advenimiento de Este fué convertido en uno de los siete sacramentos de la Ley Evangélica". Todo lo cual se sintetiza en el *Syllabus* de Pío IX donde, entre las proposiciones condenadas, figura bajo el Nº 67 la siguiente: "por derecho natural el matrimonio no es indisoluble". El carácter sacramental agregado a la institución matrimonial por Cristo la eleva prodigiosamente, pero no modifica su índole esencial.

Todo lo cual es confirmado por el Derecho Canónico. En efecto, el canon 1110 dice: "del matrimonio válido se origina entre los cónyuges un vínculo que es por su naturaleza perpetuo y exclusivo; el matrimonio cristiano confiere además la gracia a los cónyuges que no le ponen óbice". El matrimonio, pues, cualquiera sea su índole, natural o religioso, es "perpetuo y exclusivo, o sea monógamo. Y el canon 1086, párrafo 2, expresa: "pero si una de las partes, o las dos, por un acto positivo de su voluntad, excluyen el matrimonio mismo, o todo derecho

al acto conyugal, o alguna propiedad esencial del matrimonio, contraen inválidamente". Por lo tanto el matrimonio efectuado sobre la base de lo solubilidad, o sea excluyendo la perpetuidad, es eclesiásticamente nulo, es decir inexistente: los contrayentes son concubinos, y no casados.

Y basta ya sobre este aspecto de la cuestión que venimos examinando, porque no es *aquí* más que secundario.

LO INDIVIDUAL Y LO SOCIAL

DOS puntos de vista, con predominio a veces exclusivo ya del uno ya del otro, pueden ser adoptados para considerar el divorcio con prescindencia de todo aspecto religioso: el individualista y el social.

Convengamos en que el primero, en muchas oportunidades de manera absoluta, fué adoptado por el liberalismo del siglo XIX, que no tuvo cuenta de las consecuencias de índole social que su criterio engendraba. Si una persona —marido o esposa—, es desdichada en su hogar ¿por qué no permitirle que rompa el vínculo que la une al compañero insoportable y, según la fórmula consagrada, *rehaga su vida?* Este es en síntesis el argumento fundamental de los divorcistas de este género, argumento que permite desarrollos varios, y que ha sido llevado innumerables veces al teatro y a la novela. Analizado bien, su contenido puede traducirse en los términos siguientes: "el fin de la vida terrena es la dicha; por lo tanto es lógico y bueno que aleje de ella cuanto tiende a menoscabarla y tornarla imposible. En el matrimonio también ha de buscarse esta felicidad, ya que sin ella la vida no vale la pena de ser vivida. Ahora bien, casos se dan —y no pocos—, en que o bien por error en la elección de compañero, o bien porque éste ha cambiado de carácter y se vuelve molesto, o bien porque un afecto distinto ha reemplazado en el corazón al amor primitivo, o por otras causas equivalentes, la coexistencia dentro del hogar de dos seres que no se entienden o no se quieren es perpetuo manantial de sufrimientos. Por lo tanto, aun cuando en ninguno de los miembros de la familia haya culpabilidad en el sentido estricto de la palabra, se llega *fatalmente* a una situación tal que la ruptura proporciona más dicha, o al menos engendra menor padecimiento, que la permanencia de la unión. Pero si ésto ha de quedar en la simple separación poco se ha conseguido mientras no se admita la posibilidad legal de buscar una nueva unión. De ahí se deduce que el divorcio absoluto, con derecho a nuevo matrimonio, ha de ser sancionado".

Obsérvese que esta manera de ver es eminentemente hedonística, utilitaria; considera la dicha o goce *individual* con total prescindencia de los intereses comunitarios. Y téngase en cuenta que su criterio es aplicable a innumerables casos. Con un argumento similar se llega por ejemplo a la justificación del suicidio, del "asesinato misericordioso", del aborto, y de otros actos parecidos. En realidad la ley suprema de la vida, la norma a que deben ajustarse sus gestos, no puede ser —aun si se prescinde de todo sentimiento cristiano—, la plena satisfacción *individual* interpretada sin tener para nada ante los ojos el *bien común*. El YO no es ni cabe sea nn centro absoluto: casos hay en que debe eclipsarse ante otros de orden superior. ¿No lo pide así la colectividad al soldado cuando está amagada por un peligro externo? Las leyes civiles, que son dictadas por los representantes de la sociedad, llevan por objeto el cuidar de los bienes *ordenadamente*, o sea según su valor respectivo, y no han de colocar uno puramente individual, que es de categoría inferior, por encima del colectivo, que es de índole superior; en otras palabras, la recta consideración de los bienes exije que, llegado el caso, intervenga la noción de sacrificio del pequeño al grande. Y todo lo demás no es más que egoísmo.

Este concepto lo ha traducido Paul Bourget en una excelente comparación. Imaginemos, dice, que en un barco se ha desarrollado una epidemia gravísima, y que llega al puerto de destino; en él va un tripulante que tiene en tierra un asunto que debe arreglar personalmente, so pena de perder la totalidad de su fortuna. ¿Lo dejarán desembarcar las autoridades del puerto? De ninguna manera, porque difundiría el contagio, y el interés de la población está por encima del individual. Conservo un recuerdo de los días en que era niño. Había llegado de Italia un barco, el *Matteo Bruzzo*, con cólera a bordo. Quedó fondeado en el río; se le llevaban víveres y remedios, pero se lo mantuvo en cuarentena, hasta que no hubo más muertos. Los chicos de mi tiempo, al oír hablar del caso, pensaban en los niños que habían de fallecer en la nave, pero a nadie, ni grande ni pequeño, ocurrió solicitar que se permitiera bajar a los viajeros, porque entonces la epidemia se habría generalizado. El mentado escritor afirma muy acertadamente que con el divorcio sucede cosa parecida. Desde el punto de vista individual conviene a los mal avenidos abandonar la nave de un hogar molesto; pero no cabe duda de que tales desembarcos que, como lo indica la experiencia, se multiplican una vez que han comenzado a producirse, constituyen un mal positivo, arruinan la estabilidad social, y con la esterilidad progresiva que engendran terminan aniquilando el

porvenir. Esta no es la única, pero sí una de las peores consecuencias del divorcio.

DIVORCIO Y NATALIDAD

HE mencionado la experiencia. Ninguna más elocuente al respecto que la de Roma. Durante siglos, que corresponden a la época monárquica y los primeros tiempos de la república, fué prácticamente ignorado el divorcio, y a pesar de los desastres producidos por las guerras civiles, las púnicas y otras más, nunca faltaron hijos con que poblar las legiones. Pero una vez que empieza a difundirse el mal ya no se lo puede contener, y Juvenal alude a damas de su tiempo que tienen ocho maridos en cinco años (sic fiunt octo mariti quinque per autumnos). El emperador Augusto, que prevé las consecuencias, y otros en pos de él, intentan frenar los divorcios, mas no lo consiguen. Y Séneca, refiriéndose a las mujeres de su época, exclama "mueren estériles" (steriles moriuntur), lo que se explica fácilmente pues ninguna quiere arrastrar en pos de sí a hijos que les tornarán difícil el subsiguiente matrimonio. Y un escritor cuya imparcialidad no cabe poner en duda, Gaston Boissier (*La fin du paganisme*, tomo II, libro VI, cap. III), refiriéndose al siglo IV expone: "la despoblación aumenta de continuo. El código teodosiano dice que "en la feliz Campania, donde nunca se ha visto un bárbaro, hay ya 120.000 hectáreas donde no se encuentra una choza ni un hombre". Bajo el emperador Galiano la gran ciudad de Alejandría ya no tiene más que la mitad de sus habitantes. Si se aplica esta proporción al mundo entero, expresa Gibbon, se puede decir que la mitad del género humano ha desaparecido. Había que encontrar a toda costa algún medio para detener la calamidad que privaba al imperio de labradores y soldados. Los príncipes imaginaron uno que debía traer las consecuencias más funestas: se resignaron a introducir a los bárbaros en las provincias más desamparadas. Constituía un gran peligro el establecer al enemigo en el propio territorio; los pueblos, en cambio, vieron en ello un enorme beneficio". Pero los hechos, más realistas que las disertaciones teóricas y las leyes olvidadizas de la naturaleza humana, demostraron qué error cometían los dirigentes, y el imperio, despoblado por el divorcio fuente de esterilidad, acabó desmembrado por los bárbaros invasores.

La experiencia moderna confirma la antigua. A pesar de su riqueza, Estados Unidos, donde el divorcio es amplísimamente practicado, posee uno de los índices de natalidad más bajos del mundo, con la particularidad de que los católicos, repudiadores del divorcio, son mucho más fecundos que los protestantes partidarios de él. En Francia se ha podido establecer estadísticamente la marcha paralela entre el progreso del divorcio y el menor número de hijos. En la U. R. S. S. después de la revolución de 1917 se dieron toda suerte de facilidades para deshacer los hogares; pero los efectos sobre la natalidad, especialmente en las zonas más fecundas como Ucrania, fueron tales que hace ya años el gobierno soviético, prescindiendo de teorías, se ha visto obligado a tomar enérgicas medidas para poner vallas a la marea y salvar el porvenir demográfico de su país. Y por otra parte Bertillón ha demostrado cómo los suicidios son más numerosos entre los divorciados que entre los solteros, casados, y viudos, lo que significa en los autohomicidas y en los incapaces de soportar las molestias de un hogar la misma debilidad psicológica.

Es de notar que en los países divorcistas el llamado *birth-control*, o sea la limitación artificial de los nacimientos, ha logrado su mayor desarrollo. Allí las mujeres no quieren tener hijos, no por razones económicas o médicas, sino simplemente porque aquellos las traban en su libertad. Es, como ya lo he indicado, la conveniencia *individual* primando sobre el *bien colectivo*. Se ha llegado a crear instituciones y establecer cursos para enseñar a las mujeres a evitar los hijos, y sanatorios para esotras que, a pesar de todas las amonestaciones, se hubieran "descuidado". Para continuar empleando voquibles extranjeros, diré que el hijo, y sobre todo LOS hijos, constituyen un tremendo *handicap* para las mujeres que, divorciadas, quieren volver a casarse: les llevan indiscutible ventaja las que van al nuevo matrimonio sin prole, porque los hombres preferirán siempre y lógicamente a aquellas que no traen esa secuela, sobre todo si el padre de ella sobrevive.

OTROS PUNTOS DE VISTA

HE insistido en el efecto deprimente del divorcio sobre la natalidad, no porque sea éste el único mal que de dicha práctica se deriva, sino porque es tan visible, y de tanta trascendencia, que su sólo examen basta para convencernos de la peligrosidad que implica la admisión legal del matrimonio disoluble. Pero muchos otros cabe señalar, como fuera de todo concepto propiamente religioso y en el terreno social lo hace León XIII en la encíclica *Arcanum*. El divorcio, manifiesta dicho Pontífice, establece en cierto modo la inconstancia como regla de los afectos que por su naturaleza están destinados a durar toda la vida; fomenta la rebeldía ante las dificultades de la existencia, pues mientras

en un régimen de unión indisoluble se busca solventarlas pacíficamente, la disolubilidad legal inclina al corte brusco y definitivo; alienta las violaciones de la fe conyugal pues en realidad asegura la libertad al culpable; obstaculiza la completa educación de los hijos que, si padece en caso de horfandad, peores efectos sufre cuando los niños tienen ante los ojos a padres voluntariamente separados; expone a vejaciones a la mujer que es quien, en fin de cuentas, saca siempre la peor parte en el divorcio, sobre todo si se ha dejado de ser joven. Esto último ya lo veía el poeta Juvenal, un pagano, quien describiendo ciertos hogares contemporáneos exclamaba "¿Por qué Sertorio está enamorado de Bíbula? Si lo examinas bien, lo que ama es un rostro y no una esposa. Si a ésta llegan a brillarle menos los ojos o se le oscurecen los dientes, él le dirá: te suenas mucho, ea, recoge tus ropas y vete, otra vendrá de narices más secas (eheu collige sarcinulas, inquit, sicco veniet altera nasu)". Los versos del satírico romano pintan una realidad cotidiana no ya sólo de hace veinte siglos, sino también de hoy, porque el hombre es siempre idéntico a sí mismo. Y nada de eso es benéfico para la prosperidad social.

Se ha esperado tranquilizar a los católicos pretendiendo establecer que, en el momento de efectuarse el matrimonio, los cónyuges futuros manifestarán si lo quieren disoluble o no. La idea, que algunos creen novedosa, es por el contrario muy antigua, ya que hace más de un siglo: el año 1820, se la quiso introducir en la legislación de Austria, y posteriormente se pensó en ella para Polonia. En realidad no resuelve nada porque los católicos no han menester de una ley civil para saber que su unión conyugal es indisoluble, y las consecuencias antisociales del divorcio se harán sentir en todos aquéllos que optaron por el régimen de solubilidad. Meditemos además un instante en la disposición psicológica de una pareja que va a contraer nupcias bajo el signo de la solubilidad. El amor, dice la Biblia, es fuerte como la muerte, é implica en algún modo el renunciamiento al propio ser en aras del amado. "Serán una sola carne y una sola alma", y se amarán hasta más allá del término de la vida: un amor que prevé límites en el tiempo no es más que caricatura del amor: éste en realidad a todo se sobrepone y todo lo vence. Cuanto de orden más elevado es el amor, más se espiritualiza: no desprecia el cuerpo, pero lo subordina; por esto en ciertos casos sabe renunciar a la plenitud física sin por ello desaparecer. El amor no es un antojo, ni una conveniencia, ni un mareo, ni un préstamo, sino una dádiva total. Pero quien se casa afirmando, en el instante mismo en que otorga el *sí*, que éste es condicionado, revocable, y en cierto modo provisorio; el que al ingresar en el hogar mira de soslayo hacia la puerta de escape ¿ama de verdad?, y su previsión, su especie de seguro ¿es conciliable con la estabilidad absoluta necesaria para que la familia sobreviva no sólo en la bonanza sino también en la catástrofe? ¿Qué aprecio recíproco tienen los novios que ya en el momento de su unión piensan en la probabilidad, o al menos en la posibilidad de la oposición? No vacilo en afirmar que, desde el punto de vista social, por no hablar ya del psicológico, esos matrimonios carecen de valor y no ofrecen garantía alguna para el mañana; el Estado, representante de la colectividad, no tiene porqué interesarse en ellos.

Pero, me preguntará alguien, ¿no existen maneras de conservar el divorcio obviando al mismo tiempo a sus perentorios inconvenientes? La respuesta es negativa, y las razones de ello fáciles de entender.

Afirma un proverbio inglés que el Parlamento puede hacerlo todo, menos convertir un hombre en mujer y viceversa. Con lo cual quiere expresar que existen leyes naturales profundas, unas de orden material, otras de índole psicológica o moral, cuya modificación no cabe en un decreto humano cualquiera sea la autoridad, temporal o espiritual, que lo sancione. No está a mano de poder alguno, ni aristocrático ni popular, ni unipersonal ni representativo, suprimir las leyes de la gravitación o modificar la velocidad de la luz. Paso ahora a un ejemplo tomado del orden económico. Como en Francia, donde estaba racionado el pan en la posguerra a trescientos cincuenta gramos diarios, comenzaron a falsificarse los bonos correspondientes, el gobierno, para combatir la especulación juzgó oportuno declarar libre la venta, no obstante advertirle los peritos que la producción era insuficiente para un consumo incontrolado: el resultado fué que a los tres meses hubieron de restablecerse los bonos, racionando el pan sólo a trescientos gramos, porque un gobierno puede suprimir el racionamiento, pero no hacer que alcance para un consumo ilimitado una producción limitada. Cabe multiplicar los casos en el orden de la higiene individual y colectiva, en el de la agricultura y ganadería y en cien más: frente a las leyes naturales al hombre no le queda otra solución que admitir o dimitir, acatar o ser vencido.

Otro tanto ocurre en el terreno moral y en el social: la voluntad humana se estrella contra la firmeza de leyes que le son superiores. He leído hace poco, en el parecer de un juez, que caso de un conflicto entre el derecho (se entiende que el escrito, o sea la ley), y la moral, ha de

otorgarse primacía a aquél sobre ésta. Entendámonos; podrá el juez quizás, si su conciencia no se lo recrimina, sentenciar contra la moral y en favor del derecho, lo que en doctrina pura es un absurdo porque la ley positiva no debe ser más que una especificación de la ley natural; pero de ningún modo logrará impedir que su acto engendre todas las consecuencias que el menosprecio oficial de la moral trae como secuela. Ahora bien, la moral ultrajada, sobre todo si la ofensa es colectiva, se venga contra la comunidad en que ello ocurre. Es racionalmente clarísimo y experimentalmente comprobado que si los hombres prefieren los amores adventicios y pasajeros, sean o no autorizados por la ley, la natalidad padecerá un descenso: la estampilla oficial puesta al amor paladina u ocultamente libre no podrá trabar sus funestas consecuencias. Recuerdo aquellos versitos españoles del siglo XVIII: "el domingo la ví en misa, lunes le mandé un recado, martes me casé con ella, miércoles le pegué un palo...". Salta a los ojos que de semejantes matrimonios no nacen hijos. Lo mismo ocurre con el divorcio. Ningún decreto puede impedir que constituya una tentación, dado que los hombres, y también las mujeres, suelen en ciertas horas de la existencia inclinarse hacia la variación, y que si ésta se facilita buscarán pretextos bien o mal urdidos para llevarla a la práctica, cosa que no habría acontecido si no se los hubiera puesto a mano. Ya demasiados lo hacen sin que la ley les muestre el disparadero ¿qué acaecerá si ésta la torna más factible, y la equipara al matrimonio indisoluble? Las leyes malas favorecen las costumbres malas, y no contradicen su creciente difusión. Se me contestará que ahí está el cristianismo para combatir las prácticas nocivas. Respondo que si éstas son individual y socialmente perjudiciales, no puede admitirse que las leyes luchen contra los esfuerzos que el cristianismo llevará a cabo para salvar el bien común. Y la ley positiva, al empeñar sus fuerzas contra la ley moral natural, se condena de antemano a la derrota, sea porque el recto sentido le aconsejará retractarse, sea porque habrá conducido la colectividad a su ruina.

¿Y EN LA ARGENTINA?

Al examinar los esfuerzos recientemente hechos en el extranjero, y especialmente en el Brasil, para implantar o desarrollar el divorcio, no pude menos de reflexionar acerca de lo que sucedería en nuestra República si alguna ley llegara a establecerlo. Y he aquí las conclusiones a que llegué.

Sabido es que la República Argentina constituye un país de población poco densa, y que para llevarla a la grandeza a que tiene derecho, y desenvolver todas las riquezas que potencialmente contiene, es indispensable, como condición previa, acrecentar el número de sus hijos. Ahora bien, es un hecho estadísticamente demostrado que el índice de la natalidad, desde bastantes años a esta parte, bien lejos de mantenerse elevado ha ido descendiendo en forma alarmante hasta el punto de que, dentro de poco, nuestra conscripción anual disminuirá. Esto no se debe a circunstancias económicas, pues las estadísticas comprueban que las provincias más pobres son las que tienen más hijos, y que dentro de cada provincia las clases más acomodadas son las que aparecen como menos fecundas. De todos modos, nos hallamos en presencia de un hecho gravísimo. En efecto, para remediar el mal nos vemos reducidos actualmente a fomentar la inmigración extranjera, lo cual no es condenable en sí, siempre que el índice de natalidad argentino se mantenga elevado, porque únicamente si se salva esta condición se impedirá que, sumergida la población propiamente argentina por el torrente inmigratorio, el país se extranjerice de manera progresiva. Para hacer un argentino no basta adquirir una carta de ciudadanía: es preciso estar empapado, desde los primeros años de la vida, por el espíritu, las tradiciones, las costumbres, lo que constituye estrictamente la patria; y esto, si los grupos extranjeros se mantienen numerosos y compactos, y a pesar de estar nuestra escuela admirablemente organizada para conseguirlo, no se logra a la primera generación, ya que el núcleo extranjero dentro del cual se vive mantiene el carácter primitivo. Un profesor universitario de apellido extranjero, que sustentaba las tesis del *birth control,* afirmaba que ninguna mujer argentina debía de tener más de tres hijos, y que todo lo demás debía buscarse en la inmigración; Sarmiento, que daba constante preferencia a lo inglés y lo norteamericano, menospreciando por otra parte al gaucho, no estaba lejos de pensar lo mismo. Todo lo que se conseguiría con tal sistema es desargentinizar al país, y entregarlo paulatinamente y de manera definitiva al dominio foráneo.

La consecuencia es clara: hay que evitar cuanto disminuya nuestro índice de natalidad.

Y aquí la consecuencia se construye como un silogismo clásico. El país ha menester de una natalidad abundante; es así que el divorcio, lejos de acrecerla la disminuye; luego el divorcio es perjudicial a nuestra República.

Para terminar, quiero transcribir un documento algo olvidado, mas que viene al caso. El 20 de julio de 1943, el Jefe de la Oficina de In-

formaciones y Prensa de la Presidencia de la Nación, envió una circular a los directores de diarios y periódicos de todo el país, en la cual expresa lo siguiente: "*Por indicación del Presidente de la República me dirijo a Ud. a fin de notificar a esa dirección que deberá cesar la publicación de todo anuncio referente a la tramitación de divorcios. Se considera que una propaganda de tal naturaleza afecta a los valores cristianos en que debe fundarse la familia, ataca la unidad y permanencia de sus vínculos, y contraría la tradición argentina. Por otra parte, el régimen legal del matrimonio en nuestro país es de indisolubilidad, en orden a lo dispuesto en el Art. 82 de la ley de matrimonio civil, y la jurisprudencia de los tribunales ha afirmado la primacía de este principio en los casos de conflictos legislativos internacionales.*

Es, pues, natural que el Estado no consienta una propaganda que tiende a promoverlo, incitando además a los nativos en su propio territorio a someterse a jurisdicciones extranjeras. Las razones expuestas deciden a prohibir la continuidad de esta publicidad perniciosa.

Consideremos un instante este documento, y veremos lo importante de sus afirmaciones en el asunto aquí estudiado.

En primer lugar se prohibe en él la publicación relativa a los divorcios que pueden realizarse en el extranjero, especialmente en Méjico. Se ha llegado, en efecto, a excesos inverosímiles. Conozco el caso de señoras que se han encontrado separadas de sus respectivos maridos no sólo sin saberlo, sino mientras éstos permanecían en la Argentina: todo se había tramitado por correspondencia, mediante grupos de abogados tanto del país citado cuanto del nuestro. Hay tendencia a renovar tan abominables hazañas, y menester será proceder con la máxima energía a fin de evitar que mujeres argentinas sean víctimas inocentes de un negocio sucio.

Pero otras consideraciones cabe formular cuya importancia nadie desconocerá. La circular susodicha aduce, para condenar el tráfico mencionado, dos argumentos. El primero se apoya en *los valores cristianos en que debe fundarse la familia*, ya que el divorcio *ataca la unidad y permanencia de los vínculos* familiares. Así es, y según la doctrina cristiana de los valores hogareños, la indisolubilidad de la unión de UN varón y UNA mujer es indispensable. Está encarnada en la inmensa mayoría de nuestra población, en especial la de origen nacional más antiguo. A pesar de cuantas deficiencias puedan notarse en la *práctica* religiosa, la verdad es que la República Argentina es católica, como lo prueba entre otros el escasísimo éxito que a pesar de los esfuerzos realizados, logra en el país la prédica de religiones de tipo protestante, que aparecen y efectivamente son extranjeras en su origen como en sus formas. Desde este punto de vista el divorcio que, dicho sea de paso, tales religiones admiten, contradice el sentido católico de la Nación. Pero el documento susodicho trae también otro argumento no menos valedero: el divorcio *contraría la tradición argentina*. Aquí no nos hallamos colocados en el terreno religioso sino en el social, y ello está hecho con todo acierto. La Nación Argentina se ha ido constituyendo durante la época colonial, se afianza luego en las luchas por la independencia, afirma su personalidad desde entonces hasta nuestros días, gracias al valor de sus células sociales por antonomasia: las familias indisolubles. Más de trescientos años de gloriosa y progresiva historia nos llevan a afirmar que no debe romperse esta tradición para reemplazar por un tipo de familia inestable el firmísimo que hasta ahora hemos poseído. Las separaciones de hecho que en estos últimos tiempos se observan en el país, se concentran casi todas en torno a la capital, y afectan muy poco las clases medias y populares. Por otra parte, y si se reconoce, como es lógico, que ellas constituyen un mal, sería absurdo fomentarlas mediante el establecimiento de un divorcio que, según lo he probado, agrava sus consecuencias. El buen sentido, por lo tanto, y la recta comprensión de la tradición nacional, nos convencen de que es necesario conservar lo que siempre fué nuestro.

Gozamos una situación de privilegio. Entre tantas naciones en las que la inestabilidad hogareña se refleja funestamente sobre la fortaleza social, en esta época de crisis universal, tenemos la dicha de poseer una robustez indiscutible, debida en gran parte a nuestra familia. ¡No vaya un instinto de imitación a inducirnos a la idea de copiar en el extranjero, no ya lo que lo fortalece sino lo que lo debilita! ✖

TECNICA MISIONAL

T. M. F. LONG

EN el principio, Dios paseaba con nuestros primeros padres en el Paraíso. Los hacía copartícipes de sus pensamientos y planes.

Nuestros primeros padres cayeron: su caída significó desintegración y nada menos que del cuerpo de verdad originalmente revelado por Dios. Entre sus descendientes se encuentran solamente rastros de aquél, y en forma distorsionada.

Dios vino una segunda vez para caminar sobre la tierra con los hombres y abrirles de nuevo su pensamiento. Se anunció *tout court*, como *la Verdad*.

Este artículo es un intento a fin de que las "luces rotas" de la Verdad de Dios, que se perciben hoy como reveladas en las religiones no cristianas, sean usadas para atraer a todos los hombres a la luz del Mundo, a la Verdad.

Un cínico dijo una vez que la lucha política y religiosa de sus compatriotas estaba basada en "odiarse entre sí por amor de Dios". La justeza de la acusación no interesa aquí, *pero* si estaban "luchando como demonios por la conciliación", obviamente estaban condenados a la frustración de sus esperanzas. Hay un solo modo de traer a un oponente al modo propio de pensar y es comenzar por discrepar *sin ser desagradable*. La simple antipatía no lleva a ninguna parte. Dos libros sobre la India escritos en un pasado remoto y reciente, respectivamente, *Mother India* de Katherine Mayo y *Verdict on India* de Beverly Nichols, son desagradables por su venganza, una venganza que continúa siendo impuesta.

No insistamos en el método equivocado de aproximación. Este artículo tratará sobre cuál debe ser la línea exacta a seguir para atraer a los no cristianos a la realización de Cristo.

PODEMOS comenzar describiendo con las propias palabras de Cristo lo que El significa, o debe significar, para nosotros.

Nos damos cuenta de que:

a) estamos perdidos y de que El es *el camino*, no uno entre varios, sino el *único* camino: el camino que corresponde a la inescapable estructura del universo. No vamos a ser justos con nosotros ni con otros hasta que la *alteridad* de la religión de Cristo sea claramente comprendida desde l principio. "Ningún hombre viene al Padre, sino a través de Mí". El hombre que sigue ese camino, sigue un camino seguro, el único camino; no camina a tientas porque tiene la Luz de la Vida.

b) estamos en el error y El es *la Verdad*, no una parte o sección de la Verdad, sino toda la *Verdad*, no simplemente el alfa y omega, primera y última letras del alfabeto, sino todo el alfabeto, la Verdad encarnada, la síntesis e integración de toda la verdad.

c) estamos espiritualmente muertos y que El es *la Vida*, que sin El no puede haber verdadera vida espiritual sino más bien todo aquello que atribuimos a la muerte, por ejemplo: desintegración. Por ello aún el esfuerzo de los educadores de formar una personalidad integrada sin cabos sueltos no puede tener éxito si no se sigue la línea cristiana. Cristo "es y permanece siendo el corazón de la humanidad, su única y sola tierra nativa en la que encontrará descanso para su alma" (Karl Adam).

Todos los cuerpos cristianos aceptan esto. Nos interesa ahora la cuestión práctica de cómo hacer que los no-cristianos acepten a Cristo por lo que es.

La aproximación misional debe ser simpática, antítesis de cualquier cosa que se parezca a un combate de vulgaridad. Pero la simpatía aislada no es de gran utilidad práctica. Debemos tratar de descubrir qué terreno común hay entre nosotros y los no-cristianos. Chesterton en su libro sobre Santo Tomás de Aquino dice equivalentemente que no se puede discutir con un ateo sobre la inspiración divina de las Escrituras, porque el ateo no acepta la divinidad. En otras palabras, toda discrepancia presupone una coincidencia fundamental en uno o varios puntos. La cuestión es de si existe o no alguna coincidencia fundamental entre nosotros y los no-cristianos.

Hay un hermoso pensamiento en los escritos de San Justino el Apologista sobre el mundo no-cristiano al que considera desparramado con las letras del nombre de Cristo, con fragmentos aislados de la Verdad que está sintetizada e integrada en su Persona y Doctrina. Con esta frase de base podemos anotar un significado nuevo en la descripción que hace Cristo de su misión como de realizaciones y no destructiva. Podríamos recordar la referencia de San Pablo a la adoración ateniense del Dios desconocido como esencialmente un atisbo instintivo hacia Cristo y aplicarla no sólo a los atenienses sino a todos los cuerpos no cristianos; porque, como uno de los primeros escritores cristianos lo puntualizó, *el alma, el alma humana, es naturalmente cristiana*. Saliendo, como sale, en alguna manera fresca de las manos de Dios, tiene en su sello los esfuerzos y aspiraciones instintivas dictadas por los designios del Creador para y sobre el alma. Ha sido hecha por El y está inquieta hasta que no encuentra descanso en El. Podríamos recordar a nuestro Tennyson:

Nuestros pequeños sistemas tienen su día,
Tienen su día y cesan su existencia,
Son sólo luces quebradas Tuyas
Y Tú, oh Señor, eres más que ellos.

Sí, Cristo es más que cualquiera o todos ellos y la tragedia estriba en que el impulso misional no es aceptado como parte del sello esencial del católico. Sintetizando, la creencia en una verdad, una verdad dinámica, es inconcebible sin el ansia de compartir y extender esa verdad. La verdad que es Cristo, o más bien la sinceridad de nuestra apreciación de ella, puede ser medida mejor por nuestro deseo de extenderla. "Desgraciado de mí" —escribió San Pablo— 'si no predico el Evangelio".

En nuestro tema, por lo tanto, los cuerpos no cristianos son como las almas en la *Eneida* de Virgilio, *Tendebantque manus ripae ulterioris amore*, y nosotros en la orilla lejana, segura, quedamos a menudo demasiado indiferentes. Otra vez, el mundo no cristiano puede ser comparado a gente en un abismo extendiendo manos patéticas e indefensas a nosotros para que la ayudemos. El llamado de los irlandeses a San Patricio es un caso.

Para dar un paso más adelante. San Juan en el

capítulo inicial de su Evangelio nos habla de la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. "Y la luz brilla en las tinieblas, tinieblas que no pudieron dominarla" (Traducción de Mons. Knox). Ese es el punto número uno. El punto número dos es que la revelación que hizo Dios a nuestros primeros padres sigue operando en el mundo no cristiano, aunque muy disfrazada en muchos casos. La meta del misionero debe ser convencer a los no cristianos de su religión trata de conseguir la liberación del pecado y la unión con Dios. Que ese intento les ha sido otorgado por Dios y es en sí completamente recomendable. Que el modo por el que la liberación y la unión se intenta alcanzará, tras un análisis y tras una depuración, su realización completa en el sistema cristiano.

Incidentalmente, ésta es la línea que —sin duda alguna— hay que seguir con aquellas personas genuinamente perturbadas por muchos libros y artículos modernos sobre religiones comparadas. Toda la historia de la religión es desmenuzada por nuestros oponentes para demostrar que lo que enseña la Iglesia hoy fué sostenido en parte por los egipcios, los hindúes, los indios norteamericanos, etc. La acusación es que la Iglesia ha hecho una síntesis y con su sin par disciplina y habilidad organizadora ha conseguido hacer imponer esa síntesis en un mundo crédulo.

La respuesta es que la bota está en el otro pie, en que cada una de esas doctrinas es ora una reliquia de la revelación hecha a nuestros primeros padres, o un ejemplo del funcionamiento del *anima naturaliter Christiana*. Una religión no cristiana apunta a Cristo, Luz del Mundo, de una manera u otra, de su propia manera, pero El es el prisma que reduce todos los colores distintos del espectro en luz blanca pura. De ahí que cuantas más analogías no cristianas se señalen en nuestra doctrina, mayor debe ser nuestro gozo.

UN ejemplo aclarará lo dicho. Si se toma del hinduísmo se debe a que la obra misional del autor se ha realizado sobre todo entre los indios, y porque el ejemplo es, en su opinión, suficientemente interesante como para llamar la atención.

Una de las doctrinas cardinales del hinduísmo es la Reencarnación, o Metempsicosis o Renacimiento, esto es, que tenemos varias existencias y que sólo tras cientos de miles de tales renacimientos podremos quedar purificados de pecado. Es muy fácil burlarse de esta doctrina y se lo ha hecho hasta el tedio. Pero debería tenerse en cuenta que en esta doctrina está el atisbo de la factura del alma hindú, y del sistema hindú y de la *idea* de religión hindú.

Analicémosla. Para el hindú, el alma no perece con el cuerpo, como muchos de los pos-cristianos del Oeste dicen creer. En segundo término, la doctrina está basada en la realización de la temible naturaleza del *pecado*, desde que son necesarias cientos de miles de renacimientos para considerar que el virus del pecado ha abandonado al alma. En tercer lugar, se supone que cada renacimiento ayuda a la purificación, así que la idea de rigurosa reparación es especialmente puntualizada. La aproximación del alma hindú al problema del pecado está por lo tanto condicionada casi enteramente por la idea de justicia. Por último, como es obvio, hay algo de nuestra idea del pecado original al considerar que nacemos manchados. Lo que mantenemos es que esta doctrina, que a primera vista parece tan alejada del punto de vista cristiano, puede ser un medio para conducir a sus creyentes a Cristo.

Toda religión sostiene implícita o explícitamente la idea de que sus fieles han de liberarse del pecado y acercarse a Dios. Incluso etimológicamente, de acuerdo a la derivación comúnmente aceptada en las escuelas cristianas, la religión significa la unión de dos partes separadas, el hombre pecador y su Creador. Cristo vino a liberar al hombre del pecado y conducirlo a su Padre Celestial. *Sabemos* que esa es la única salvación real. Veamos entonces cómo podemos traer al alma hindú a través de su propio camino hacia Cristo, de manera que vea en El el cumplimiento absoluto de sus aspiraciones.

1) Nosotros, desde luego, creemos que el alma no sólo no perece al morir el cuerpo, sino que es inmortal.

2) Tan vívidamente nos damos cuenta de la horrenda naturaleza del pecado, que cuando miramos al crucifijo, dos pensamientos dominan nuestras mentes: a) el crucifijo nos muestra lo que hace el hombre pecador cuando Dios, al venir a la tierra como uno de nosotros, se pone completamente a su merced. La masacre de los Santos Inocentes y los atentados hechos contra su vida antes y durante la Pasión, muestran en sí que el pecador, implícita o explícitamente, tiende a terminar con Dios y a terminar con El. "La paga del pecado es la muerte", incluso la muerte de Dios. La crucifixión, por lo tanto, muestra no sólo el degradante efecto del pecado sobre

nosotros, sino su naturaleza deicida. Es anti-Dios. b) El crucifijo nos habla también de la misericordia de Dios. En el momento más condenable del hombre —el epíteto es usado de intento por razones obvias: "ésta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas"— la Misericordia de Dios es escuchada proclamando la palabra de perdón. "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Después de esto, el pecador más empedernido no tiene por qué desesperar de su perdón.

3.) El crucifijo, como siempre lo han hecho notar los escritores cristianos, es la reparación perfecta e ideal, que satisface incluso a la Justicia de Dios por el pecado. La gravedad de cualquier ofensa es medida por la dignidad de la persona ofendida, y el valor de una reparación se mide por la dignidad de la persona que repara. De ahí que si la justicia y la expiación perfectas buscadas por el pensamiento hindú se satisfacen por la expiación por el pecado, tal expiación debe participar de la naturaleza de lo infinito, y, sin embargo, el hombre, el culpable, debe ser quien expía. Estas condiciones quedan satisfechas no sólo por la expiación de Cristo, la expiación del Dios Hombre. Ninguna expiación hecha por el hombre u ofrecida por el hombre es satisfactoria. "La carne no aprovecha" (J. 6, 63).

Pero —y es éste un pero grande, grávido y siempre consolador— el crucifijo nos dice mucho más. Si se detuviera nada más que en la justicia, que en un sentido, en su aislamiento, puede ser la más árida de las virtudes, dejaría al corazón humano impávido. "La Paz y la Justicia se han abrazado". Si el crucifijo no nos hablara de la Misericordia y el Amor de Dios, de la incansable persecución del alma por parte del Lebrel del Cielo, habría, humanamente hablando, fracasado. Y si nos ponemos en esta posición, la aspiración hindú de la expiación perfecta es más que satisfecha en la solución cristiana, que trae además al Amor y la Misericordia Infinitas llamando al pecador a la más completa confianza y rendición. *Nemo credit nisi volens*, y a menos que la voluntad sea tocada, la verdadera religión, tomando a Dios en Sus propios términos, y, en la frase de Keats, "viendo como Dios ve", está fuera de la cuestión. No hay verdadera religión si el corazón del hombre está lejos de Dios.

4) La desesperada necesidad de ayuda de "nuestra naturaleza manchada" es contestada y sólo adecuadamente contestada en el sistema cristiano por la asombrosa doctrina de la gracia. El renacimiento al que tiende de hecho el hindú es el verdadero renacimiento de la gracia, cuando el hombre nace de nuevo a una vida nueva y plena de energías por el agua y el Espíritu Santo. Pero el renacimiento de la gracia es por lo menos implícitamente una condenación del mero renacimiento de la carne, que no resuelve nada. El recipiente de la gracia puede ser un simple saco de huesos, como San Vicente de Paúl o el Cardenal Newman en su vejez, o verminoso, como San Benito Labre, pero está vivo, de modo asombroso. Diciéndolo más positivamente, nosotros ofrecemos el *verdadero* renacimiento, el espiritual.

Es de esperar que este análisis de exigencias y provisiones espirituales no se considere excesivo ni exagerado. El autor sabe que hay muchos otros puntos que podrían ser tratados si la naturaleza del escrito lo permitiera, y que los correctivos, por ejemplo, en la concepción tradicional hindú del pecado y otros puntos deben ser aplicados antes de que pueda realizarse la solución cristiana, pero básicamente no tiene duda sobre la línea general de aproximación.

La técnica misional aquí delineda es aquí vista como grávida de infinitas posibilidades. Para ponerlo en el nivel más bajo, primero: no comienza poniéndose en antagonismos con ningún sentimiento o tradición nacional. Para un problema universal ofrece una solución universal y satisfactoria. Es comprensiva y elimina toda la violencia de la controversia religiosa, que de todas las controversias es la más fútil y acre. Exige un estudio atento de la religión o religiones dominantes con las que tiene que lidiar el misionero. Y éste hallará, si es diligente y paciente, que cuanto más se remonte históricamente, más consciente se hará de cómo el mero pasar del tiempo está en contra suyo. Doctrinas que comienzan separándose imperceptiblemente de los valores cristianos, pueden terminar en alarmante disparidad. Las líneas férreas pueden correr paralelas o casi paralelas durante un tiempo, pero una vez que se desvían, no hay límites a su divergencia.

En este caso, es cada vez más evidente para los orientalistas que la idea original hindú del pecado no tuvo rastros de transmigración. Una vez que ésta fué aceptada, fué fácil para los que tenían interés en hacerlo en agregarle la idea de casta. No hay necesidad de puntualizar los horrores que siguieron. En síntesis, la casta se decide así: la casta de un hombre es determinada como recompensa o castigo a su existencia previa, de manera que los intentos a elevar a las clases despojadas, puede en esa teoría ser interpretada como una intromisión en la estructura moral del universo.

No hay duda de que el trabajo y la aplicación que se requieren son inmensas, pero no puede negarse que aún desde el punto de vista humano es un trabajo subyugante. Uno recuerda la bibliografía que hizo Wilfred Ward de *Ortodoxia*, de Chesterton, "La historia de un hombre que salió con una vela a descubrir el sol". *Eso*, es imposible dejarlo de sentir, es, *mutatis mutandis*, una síntesis tan buena como cualquiera de los esfuerzos del alma hindú por llegar a la "Luz del Mundo".

Nicodemo acudió a ver a Jesús de noche. Llegó, buscador de la verdad, buscador perplejo por el fracaso de siglos de pura especulación humana y deprimido por la probada inadecuación de los esfuerzos puramente humanos para ayudar al hombre en su

Correspondencia con Gabriel Marcel

CON el consentimiento positivo de ambos interlocutores, uno que quiere conservar el anonimato y el otro que es el filósofo M. Gabriel Marcel, publicamos las cartas interesantísimas que van a continuación, en las que se plantean problemas de insuperable actualidad y alcance. Su texto es competo, habiéndose suprimido únicamente las alusiones íntimas relativas a la amistad que vincula a ambos autores, y que nada tienen que ver con la cuestión filosófica que ocupa a uno y otro. No terciamos, al menos por ahora, en el debate, para entregar de esta manera en forma más objetiva el pensamiento de los dos escritores al público de CRITERIO. El texto de uno es castellano, el de Marcel es francés, y aun cuando nos hemos esmerado en traducirlo, prescindiendo de la elegancia para ir ante todo a una escrupulosa exactitud, para mayor seguridad ponemos en nota la redacción francesa. — N. de R.

Buenos Aires, 9 de agosto de 1951.

"GABRIEL Marcel acaba de sostener que toda filosofía de la existencia debe moverse en los cuadros del pensamiento cristiano y tener una raíz cristiana. Pregunto si una filosofía de la existencia no puede moverse dentro de los cuadros del Antiguo Testamento, es decir, sin necesidad de condicionarse al cristianismo. Y lo pregunto porque hallo gran similitud en la concepción de Gabriel Marcel acerca de la experiencia del prójimo (descubrimiento del "tu") y la de Martín Buber, el profesor judío. Para ambos, la subjetividad es ya estructuralmente intersubjetividad —de manera más concreta que en Heidegger— y el hombre es ser dialogante (esto, también de manera más concreta que en el Heidegger de los comentarios a Hölderling). Martín Buber se mueve dentro de los cuadros de una Biblia sin Evangelios. Creo, además, que la concepción del hombre como ser dialogante (yo diría "dialógico", rectificando así la definición clásica del hombre como animal meramente lógico —animal racional—), y la experiencia del "tú" se fundan, tanto en el caso de Marcel, como en el de Martín Buber, en la experiencia del Dios dialogante. Y esa experiencia del Dios dialogante no es específicamente cristiana; es específicamente judía. El mismo Chestov, cuando opone Atenas a Jerusalén, piensa en el dios de Job. En resumen: ¿partiendo del Antiguo Testamento, y *exclusivamente* de él, es imposible una filosofía existencial?

Podría —para que mi pregunta resultase ahora más clara—, agregar que no niego la posibilidad, o si se quiere, el hecho, de que Martín Buber haya sido llevado a la filosofía existencial por incitaciones de origen cristiano. Mi pregunta se refiere sólo a la posibilidad de que una filosofía existencial se mueva fuera de los cuadros cristianos y sin tener raíces cristianas. Creo —yendo aún más lejos— que es perfectamente posible una filosofía de la existencia dentro de los cuadros budistas. (El budismo significa, entre otras cosas, la tentativa de una filosofía concreta contra el abstractismo brahmánico".

24 de setiembre de 1951.

"QUERIDO señor:

Sólo ahora acaban de comunicarme la carta dirigida por Ud. el 9 de agosto y en la que formulaba quizás con más precisión que lo hecho el 7, las cuestiones concernientes a las relaciones entre la filosofía existencial y el cristianismo propiamente dicho.

Ud. se preguntaba en particular si mi posición no se aproximaba singularmente a la de Buber, pensador reli-

búsqueda de Dios. Al sentarse sobre el piso de tierra con la pequeña lámpara de llama bosquejando el perfil del Maestro, y escuchar, las escamas cayeron de sus ojos. Vió que el pensamiento, el más excelso, es bueno —pero no ayudó a los griegos; vió que un elevado código moral es bueno—, pero, sin embargo, a pesar de ese código, los judíos no estuvieron en una situación mucho mejor. A través de las edades, el alto pensamiento, los elevados códigos morales o ambos, han demostrado ser insuficientes para ayudar al hombre. Sin algo más, el hombre estará tratando meramente de elevarse por los aires tirándose de las correas de sus sandalias. Le falta la Vida, una nueva vida. Para ser semejante a Dios debe compartir la Vida Divina y esa Vida está encarnada en el Superhombre (Hombre Dios) a su lado. *Es* comunicar que la vida, que la Super-naturaleza, que el Superhombre ha llegado. Mente y corazón están encendidos. Es el fin de la búsqueda. ☒

gioso judío, extranjero, como Chestow, al mensaje del Nuevo Testamento. Y me parece que podría responderle más o menos así:

Pienso a decir verdad que hay ciertamente y que *debe haber* una zona de concordancia bastante extensa entre Buber y yo (el caso de Chestow es distinto, y aquí lo dejaré de lado). Digo, sí, que esta zona debe existir; porque no sabría elevarme con suficiente energía contra la idea de una filosofía que sería rigurosamente confesional, es decir tributaria de la religión cristiana considerada en sus caracteres específicos. Si bien se puede dar un sentido a la palabra *filosofía cristiana* —y personalmente lo creo, en contra de lo que ha sostenido Emile Brehier—, no es seguramente de este modo. Una filosofía digna de este nombre debe ser independiente. No puede estar al servicio de una teología, cualquiera sea ésta.

Formulada esta advertencia previa, por lo que a mí respecta hallo en la realidad cristiana, en la realidad de la vida cristiana —esto significa en el testimonio de los santos—, una ilustración, una ejemplificación de los temas fundamentales de mi propio pensamiento, que me parecen faltar completamente en el judaísmo; apunto en particular a cuanto he escrito sobre la fidelidad creadora para con lo que podría llamarse sus aplicaciones apostólicas.

Creo que ante todo debe rehusarse el falso dilema que consistiría en decir: o la filosofía de la existencia nada tiene que ver con el cristianismo, o está bajo la dependencia de la teología. La verdad es infinitamente más sutil y flexible, como he procurado mostrarlo en el segundo volumen de *Mystère de l'Etre* que por lo demás le haré enviar cuando posea su dirección exacta.

¿Una filosofía de la existencia es posible en el budismo, como lo piensa Ud.? Vacilaría en pronunciarme de manera categórica sobre este punto, pero me repugna creerlo, porque una filosofía de la existencia me parece implicar una valorización de sí mismo que es ciertamente incompatible con los principios budistas —tal por lo menos me parece.

Aprovecho e escribirle para decir algunas palabras acerca de la cuestión muy fastidiosa que continuamente se me plantea sobre la relación con el tomismo. No cesaré de repetir que, desde el punto de vista de la técnica filosófica, y en particular del lugar otorgado a la reflexión y al sujeto, me será siempre imposible adherir al tomismo tomado en su literalidad. Por el contrario en manera alguna excluyo la posibilidad de una convergencia entre mi propio pensamiento y un tomismo profundamente renovado como por ejemplo aquel al cual un hombre ta como Aimé Forest ha aportado una preciosa colaboración. Pero, en nombre del cielo, que se nos libre ante todo de esa jerga escolástica que tan frecuentemente dispensa de pensar. Que se haga el esfuerzo —al que siempre se rehusó Maritain—, de proceder a una indispensable trasposición. Ella es indispensable porque únicamente ella permite una confrontación que es absolutamente necesaria con los aportes de la filosofía moderna. Cualquiera fuere el modo de pensar acerca de ésta, no es ni puede ser permitido prescindir de ella, tratarla como no existente o, lo que es aún más grave, proponer de ella una esquematización caricaturesca que tiene por resultado el desacreditarla. Los pensadores católicos más serios de nuestro tiempo, y, gracias a Dios, son numerosos, no parecen haber tomado una conciencia muy estricta de esta obligación; pero al mismo tiempo se desprenden si no de lo esencial del tomismo por lo menos de sus expresiones corrientes que son propuestas en los seminarios y que, según la experiencia lo demuestra, exponen a los futuros sacerdotes al riesgo de inspirarles repugnancia de la teología, y los lleva a pensar —actitud indefendible—, que por fin únicamente importa el aspecto social del mensaje evangélico. Cuanto más pienso en ello tanto más me persuado de que hay aquí una consecuencia casi inevitable de esa enseñanza esclerosada; una consecuencia que debe ser denunciada como atentando de manera gravísima a la unidad y santidad de la doctrina considerada en su pureza.

Todo esto creo poder decirlo con fuerza tanto mayor cuanto Ud. ha podido ciertamente darse cuenta de que reacciono con la mayor precisión contra los abusos y excesos de una filosofía que otorgara el primado a lo existencial en lugar de reconocer la dignidad y especificidad de la esencia. Ignorando qué contribución personal seré todavía capaz de aportar a esta investigción, estoy absolutamente convencido de que la atención del metafísico debe concentrarse hoy sobre la esencia; pero toda la cuestión consiste en saber cómo ha de ser pensada la esencia si no se quiere recaer en los errores de una imaginación materializante.

Querido señor, esto es cuanto puedo escribirle hoy. Le ruego crea en la seguridad de mis sentimientos muy abnegados y agradecidos por la forma magistral en que ha expuesto Ud. mi pensamiento. — *Gabriel Marcel*".

ORIGINAL FRANCES DE LA CARTA DE G. MARCEL

24 Septembre 1951.

"CHER Monsieur,

On vient seulement de me communiquer la lettre que vous avez adressée le 9 Aout et dans laquelle vous formuliez peutêtre avec plus de précision que vous ne l'aviez fait le 7 les questions concernant les rappots entre la philosophie existentielle et le christianisme proprement dit.

Vous vous demandiez en particulier si ma position ne se rapprochait pas singulièrement de celle de Buber, penseur religieux juif et, comme Chestov, étranger au message du Nouveau Testament. Il me semble que je pourrais vous, répondre à peu près ceci:

Je pense à vrai dire qu'il y a certainement et *qu'il doit y avoir* une zone d'accord assez étendue entre Buber et moi (le cas de Chestov est différent, et je le laisserai ici de côté). Je dis bien que cette zône doit exister: car je ne saurais assez m'élever contre l'idée d'une philosophie

qui serait rigoureusement confessionnelle, c'est-a-dire tributaire de la religion chrétienne considérée dans ses caracteres spécifiques. Si on peut donner un sens au mot *philosophie chrétienne* —et personnellement je le crois, contrairement a ce qu'a soutenu Emile Bréhier—, ce n'est sûrement pas de cette manière. Une philosophie digne de ce nom doit etre indépendante. Elle ne peut pas être au service d'une théologie quelle qu'elle soit.

Cette remarque préalable étant faite, je trouve quant à moi dans la réalité chrétienne, dans la réalité de la vie chrétienne, et cela signifie dans le témoignage des saints, une illustration, une exemplification des themes fondamentaux de ma propre pensée qui me semblent faire completement défaut dans le judaïsme, je vise en particulier tout ce que j'ai écrite sur la fidélité créatrice avec ce qu'on pourrait appeler ses application apostoliques.

Je crois qu'i faut avant tout refuser le faux dilemme qui consistirait à dire: ou bien la philosophie de l'existence n'a rien à avoir avec le christianisme, ou bien elle est sous la dépendance de la théologie. La vérité est infiniment plus subtile et plus souple, comme j'ai cherche à el montrer dans le second volume du *"Mystère de l'Etre"* que je vais d'ailleurs vous faire envoyer lorsque je saurai exactement votre adresse, que je vous demande de bien vouloir m'envoyer aussitot que ceci vous sera parvenu.

Une philosophie de l'existence est-elle possible dans le cadre bouddhiste comme vous le pensez? J'hésiterai à me prononcer de facon catégorique sur ce point, mais je répugne a le croire, car une philosophie de l'existence me semble impliquer une valorisation de sois qui est certainement incompatible avec les principes bouddhistes —du moins, il me semble.

Je profite de ce que je vous écris pour dire quelques mots de la question bien fastidieuse qui m'est continuellement posée au sujet de mon rapport au thomisme. Je ne cesserai de répéter que, du point de vue de la technique philosophique, et en particulier de la place faite a la réflexion et au sujet, il me sera toujours impossible d'adhérer au thomisme pris dans sa littéralité. En revanche, je n'exclus nullement la possibilité d'une convergence entre ma propre pensée et un thomisme profondément renouvellé comme celui, par exemple, auquel un homme tel qu'Aimé Forest a apporté une précieuse contribution. Mais, au nom du ciel, qu'on nous débarrasse d'abord du jargon scolastique qui, si souvent, dispense de penser. Qu'on se donne la peine —comme Maritain s'est toujour refusé a le faire— de procéder a une indispensable transposition. Cette transposition est indispensable parce qu'elle permet seule une confrontation elle-même absolument nécesaire avec les apports de la philosophie moderne. Quoi qu'on pense de celle-ci, il n'est pas et il ne peut pas être permis d'en faire abstraction, de la traiter comme non-avenue, ou, ce qui est plus grave encore, d'en proposer une schématisation caricaturale qui a pour resultat de la discréditer. Les penseurs catholiques les plus serieux de notre temps, et, Dieu merci, ils sont nombreus, ne semblent avoir pris une conscience très stricte de cette obligation, mais, du meme coup, ils se degagent sinon de l'essence du thomisme tout au moins de ses expressions courantes qui sont proposées dans les séminaires et qui, l'expérience le montre, risquent si souvent de dégouter les futurs pretres de la théologie et de les amener à penser, ce qui est indéfendable, qu'apres tout l'aspect social du message évangélique importe seul. Plus j'y songe et plus je suis persuadé qu'il y a la une conséquence presque inévitable de set enseignement sclérosé; une conséquence qui doit etre dénoncée comme portant atteinte de la façon la plus grave a l'unité et a la sainteté de la doctrine considérée dans sa pureté.

Tout ceci, je crois pouvoir le dire avec d'autant plus de force que, vous avez certainement pu vous en rendre compte, je réagis avec la plus grande netteté contre les

LA CONVERSION DE UN INSIGNE PERIODISTA

LAMBERTO LATTANZI

PARA decidirme a leer sus dos novelas históricas —*Creso y Due anni*— que sin embargo guardaba desde años en mi biblioteca, Alberto Albertini tuvo que editar lo que podemos considerar un relato autobiográfico más escueto y concluyente: su camino hacia la fe.

Ante todo, ¿quién es Alberto Albertini? Uno de los mayores periodistas italianos en lo que va del siglo. Por el lapso de 23 años fué redactor del máximo rotativo peninsular, *Il Corriere della Sera*, luego director del mismo de 1921 a 1925, cuando la dictadura obligóle a renunciar a su cargo, por no a renunciar a su libertad de pluma y de pensamiento.

Así y todo, no basta eso para volver insigne a un periodista. Hace falta el tino, el tesón, el entusiasmo, la capacidad de comprender los hechos y el valor de los mismos: con esto, con todo esto, tenemos al periodista excepcional. Tenemos a Alberto Albertini, junto con su hermano, más conocido que él, Luigi. Fueron ellos quienes colocaron *Il Corriere della Sera* a la altura de los mayores diarios del mundo; y fueron ellos, más aún, quienes crearon (por cierto que para Italia fuí así) aquella "página literaria" diaria que proporciona al rotativo la posibilidad de constituirse en faro de la cultura tanto nacional como internacional.

La dictadura, dije más arriba, alejó con la fuerza de su cargo a Alberto Albertini. Hombre de cultura nada común, sus contactos con los grandes directores de diarios de Europa y de América habíale permitido caer en la cuenta de la importancia peculiar del fenómeno religioso, así en los pueblos de todos los Continentes como en las almas más encumbradas de los cinco Continentes.

Provenía de una rancia familia liberal; quiero decir, "liberal" a saber, emponzoñada, sin quererlo ni saberlo, del liberalismo condenado por el "*Syllabus*" y dominante en la Europa finisecular, amén de Italia. Más bien escépticos, o indiferentes, que anticlericales a secas. Con todo, no menos peligrosos, para la fe y la moral de las masas que los ateos desembozados de todo laya.

Un mito: el libre pensamiento; un enemigo: el "obscurantismo de los curas"; un blanco: "el Papa en el Vaticano y los frailes en los conventos"; un lema "Iglesia libre en el Estado libre", como indicara el conde de Cavour. (Creo que en todas partes se cuecen habas; los amigos rioplatenses pueden ver pintado en los párrafos que acabo de apuntar a más de un político y gran periodista criollo).

La notable injusticia de la dictadura aceptóla Alberto Albertini con la serenidad de un filósofo antiguo. Por de pronto era él, por nacimiento, medio filósofo; al criarse, luego, en la atmósfera antedicha viene de suyo que los héroes de Plutarco y los "Caracteres" de Teofrasto resultaran para él —saturado de cultura clásica mediante el estudio profundo de las lenguas y civilizaciones antiguas— los maestros de vida, los "modelos" en que reflejarse.

Filósofo a secas, acaso, aun cuando, esto sí, ni grande ni profundo. Tampoco superficial; y fué justamente el afán de salir de la superficialidad en que andaban muchos colegas anti-fascistas —a la sazón alejados como él de sus diarios— lo que determinó, y para siempre, así los estudios como las meditaciones de Alberto Albertini. "No hay mal que por bien no venga"; al igual que Cicerón alejado de la vida pública, al entregarse a sus "otia" de periodista acaudalado y de categoría superior Alberto Albertini halló trazado delante suyo el derrotero por donde meterse, por encima de la política, del periodismo activo y de las alternativas internacionales: el estudio, metódicamente llevado hacia sus amados filósofos y sus épocas preferidas: la antigüedad, hasta el Bajo medioevo.

Eso fué providencial. Por muy largo camino esperábale Dios, al cabo de muchos años. Con todo, la primera novela *Due anni*, aparecida en 1934 (a saber, unos 8 años luego de apartarse del diario) refleja la intensidad y la seriedad del trabajo realizado por la Gracia en ese noble espíritu. Fácil le hubiese sido derrochar en estériles viajes o en más estériles lloriqueos el cuantioso caudal así económico como intelectual de que Dios le había favorecido "Amó a la Sabiduría y la Sabiduría le amó a él", conforme nos enseña el Espíritu Santo.

"Dos años" constituyen un espécimen de introspección autobiográfica. Es la historia de un joven cristiano que la ficción imagina haber vivido en el siglo IV de Cristo en Egipto. Por el milagro de un anacoreta Máximo, el protagonista, vuelve a vivir tras una enfermedad mortal, sabiendo a buen seguro que tan sólo dos años, 24 meses, tiene delante suyo para corregirse y hacer penitencia.

En cambio pasa de error en error, de una experiencia moral a otra. Con todo, lejos de perderse en el fango o en la soberbia de la vida, consigue paulatinamente acercarse con la meditación a la contemplación serena de la muerte. Toda la novela —que, repito, es un dechado de introspección autobiográfica —nos hace presenciar el lento pero seguro progreso de Máximo hacia la fe resignada, confiada, "activa".

Pongamos de lado, por ahora, los resabios inmanentistas —que los hay— y agnósticos, que no faltan: toda la novela, que sin duda no es para menores, constituye una positiva declaración de fe en los misterios de la fe: el dolor, la muerte, la sobrevivencia de las almas, la negación de todo materialismo.

---

abus et les outrances d'une philosophie que poserait le primat de l'existentiel bien loin de reconnaitre la dignité et la spécificité de l'essence. Sans du tout savoir quelle contribution personnelle je serai encore capable d'apporter a cette recherche, je suis absolument convaincu que c'est sur l'essence que l'attention du méthaphisicien doit aujourdui se concentrer: mais tout la question est de savoir comment l'essence doit etre pensée, si lóon ne veut pas retomber dans les erreurs d'une imagination matérialisante.

Cher Monsieur, c'est tout ce que je puis vous écrire aujour d'hui. Veuillez croire à l'assurance de mes sentiments tres dévoués et reconnaissants pour la façon magistrale dont vous avez exposé ma pensée. — *Gabriel Marcel*".

Pasan unos años; quiero decir que de 1934 hemos de llegar a 1947 para la segunda novela, más corta que la anterior, menos cristiana (*Creso* representa la época del antiguo rey de Lidia vencido por Ciro y que presencia la destrucción de Babilonia, en tiempos de Baltazar) mas no menos filosófica que la anterior.

Indudablemente hay una mejora, tanto en el análisis de los caracteres como en el bosquejo de los personajes históricos. Ni son todos los que son ni están todos los que deberían estar; empero, el capítulo rotulado "Israel" entraña algo más que el simple cuidado de no dejar de lado un elemento tan esencial en la época considerada. Todo el capítulo es una defensa —contra amigos y desconocidos— de la Palabra de Dios concretizada en la Biblia y de la mano de Dios expresada en el Libro de Dios.

Por cierto, Alberto Albertini no ha nacido para ser novelista. Muy de fijo, se ha dado cuenta de ello, pues tras otra novela de menor trascendencia *Senza fine* aparecida en 1946 no ha publicado otras. Su estilo, sin ser rebuscado, no es natural. Le falta el ímpetu de la narración; crea, sin dejar de revelar cómo y cuándo ha creado sus personajes. Por encima de sus razonamientos, a veces claros, a veces no tan claros que digamos, su espíritu quiere expresar más y mejor los problemas considerados (así en el personaje de Esopo, uno de los más acabados) y la pluma le falla, el diálogo, por dramático que fuere, se vuelve artificial, los sentimientos adolecen de falta de expresión y las escenas o episodios carecen del vigor necesario para merecer una consideración más que corriente.

Luego, silencio. Un silencio nada sombrío. Sigue estudiando, al paso que la contienda le hunde, también a él, en la consideración de los problemas escatológicos así del mundo cuanto del individuo. Al igual que el protagonista de la primera novela, "se resigna" a que la verdad resulte tal cual el Evangelio la enseña y la historia nos la representa. "Dorus est hic sermo" se dice a menudo Alberto Albertini en la obra aparecida pocos messe ha: *La fede di un aspirante alla fede* es la conclusión, bajo forma de ensayo, de las dos novelas de marras. Son 234 páginas, en edición magnífica y primorosa (Edizioni di Comunitá, Milano, 1951) divididas en doce capítulos. El primero: "Da Indra a Gesú", el V: "L'anima umana", el VIII: "La libertá umana" parecerían harto comunes por lo trillado del tema en asunto de historia de convertidos; poseen, empero, el valor personal de meditación sosegada, y documentada como la que más, sobre los problemas fundamentales de todos los tiempos. Cita a Kant y al P. Ricciotti, a Lutero y a Denzinger-Banwart; polemiza llanamente —a lo sajón— con filósofos antiguos y modernos, pero prefiere citar (y lo hace con mucho tino, y fruición para el lector a la vez) a sabios y a pensadores que, como Lecomte de Noüy, Henry Bergson y Armellini, le han preparado la senda libre de abrojos y tropiezos, en los campos de las ciencias o del pensamiento puro. No es, con todo, un tratado de apologética; ni podía serlo, del momento que sin luchas exteriores, y tampoco grandes luchas interiores, Alberto Albertini ha llegado al Cristo-Dios y al catolicismo.

Mucho le falta todavía para ser, siquiera como escritor, católico de ley; por eso titula él con mucho sentido de modestia su obra: *La fe de un aspirante a la fe* aun cuando lo es, conceptúo, en la práctica de la vida.

Le falta el paso, por convicción racional, de Cristo-Dios a Cristo-Maestro, al Cuerpo Místico en cuanto realidad cotidiana y trascendente. El Magisterio de la Iglesia, acaso lo tratase en una próxima publicación; en ésta, deja mucho que desear lo poco o nada dicho sobre tan esencial problema católico. ¿Hemos de condenarle por eso? Lejos de mí el sólo pensarlo. El libro tiene una rara y valiosa eficacia para los que aún se hallan en el camino hacia el Redil. Mucho se le debe, por ende, al haber él descrito tan clara y llanamente su experiencia religiosa, en los decenios largos de gestación que ha tenido su fe católica.

Además los católicos italianos le debemos a Alberto Albertini, aun cuando siga alejado del diario a que entregara un cuarto de siglo de actividad intensa, el hecho indiscutible de la seriedad informativa y del respeto hacia la religión que hay de parte del máximo rotativo italiano. Mucho se lo debemos a él. Y es mucho decir. Un diario con más de medio millón de ejemplares, no diré amigo de la Iglesia pero sí, a las claras, todo menos enemigo. El diario de la intelectualidad italiana, sea cual fuere el partido de su militancia, respetuosamente considera, en efecto, problemas, hechos, acontecimientos de la Iglesia. Y en su jefe de redacción de Roma, Silvio Negro, tiene un católico de carta cabal a la vez que uno de los mejores periodistas italianos.

AMO ESTE CUERPO...

Amo este cuerpo que me tiene atado
aunque de él provenga mi flaqueza;
amo y vigilo esta mortal corteza
que las manos de Dios han modelado.

A un microcosmos lo han asemejado,
es templo del Amor para el que reza
y añade un distintivo de realeza
cuando ostenta una llaga en el costado.

Mas también es prisión de gran deseo
cuando, en mis soledades, entreveo
el cielo que a los justos les aguarda.

Y siento cómo el cuerpo me retarda
un día que en el tiempo se eterniza.
¡Cuánto pesa mi nada y mi ceniza!

CARLOS R. GARAT

¡QUIERO ESTOS!

Los niños prefieren
zapatitos PIRELLI,
porque son bonitos y
permiten correr y
saltar sin cansarse.
Y sus mamitas saben que
una marca famosa en el mundo
entero las garantiza.

Mod. NOVUS
Para niños y jóvenes. Blanco; vira y puntera reforzadas, suela de goma cresponada.

Medidas	Precio máx.
Del 25 al 29	$ 16.50
„ 30 „ 33	$ 18.-
„ 34 „ 37	$ 19.50

Mod. JORGE
Para niños: en "écru" con trencilla y aplic. azul; suela y taquito de goma-corcho.

Medidas	Precio máx.
Del 20 al 24	$ 14.90
„ 25 „ 29	$ 16.-
„ 30 „ 33	$ 17.50

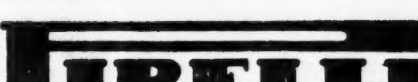
Mod. NESTOR
Para niña o niño. Azul combinado con vira y suela blancas.

Medidas	Precio máx.
Del 25 al 29	$ 16.50
„ 30 „ 33	$ 18.-
„ 34 „ 37	$ 19.50

Mod. NOEMI
Para nenas: En "écru" con trencilla beige; suela y taquito de goma-corcho.

Medidas	Precio máx.
Del 20 al 24	$ 13.70
„ 25 „ 29	$ 15.-
„ 30 „ 33	$ 16.20

CALZADO



Fíjese que tengan esta marca.



INDUSTRIAS PIRELLI S. A. I. C., 25 de Mayo 444 - Bs. Aires

En venta en zapaterías, tiendas y negocios del ramo

COMENTARIOS

El asesinato de Liaquat Ali Khan

A la serie, que comienza a ser impresionante, de asesinatos políticos, viene a sumarse ahora el del primer ministro de Pakistán, el Estado musulmán de la India. Matólo de dos tiros un individuo perteneciente a un pequeño grupo extremista de derecha, que no estaba conforme con la acción de Liaquat, empeñado en buscar un arreglo pacífico con el Estado Indú, en lugar de declarar el jedah o guerra santa. Criminal es el motivo de este atentado, y criminal el acto en sí.

Criminal el motivo. El asesino quería la guerra santa, es decir que aspiraba a ver la guerra trabada, por una causa religiosa, entre dos grupos humanos que en conjunto suman más de trescientos millones de hombres, con una secuela de asolamientos que sobrepujan toda ponderación. Criminal es el gesto de quien, desde el fondo de su pequeñez, se erige en juez de pueblos y gobiernos, y sentencia a muerte a quienes no piensan exactamente como él, perturbando de este modo el esfuerzo realizado por los dirigentes de media Asia para evitar una tremenda catástrofe.

Y si este delito, considerado en sí, merece la más enérgica de las condenaciones por parte de cuantos no han perdido la noción exacta de las relaciones entre gobernantes y gobernados, es más inquietante todavía cuando se lo ve como un eslabón dentro de la cadena inacabable de los crímenes políticos que han venido multiplicándose durante los últimos cincuenta años.

El proceso mental y objetivo es siempre el mismo. Un individuo, a veces solo a veces unido con pocos más, empieza a persuadirse de que el jefe de Estado, o alguno de sus consejeros, tiene ideas equivocadas acerca de determinados problemas políticos. Quien así piensa es con frecuencia un ignorante o, lo que es peor, un semiculto, cuando no un individuo que identifica sus intereses personales, o de clase, o de casta, con los generales del país, y aun del mundo. Se autosugestiona gradualmente, se convence de que está llamado a salvar una nación, una fracción de la humanidad. Nada le importa ya la opinión ajena: él es el juez supremo, el dueño de vida y muerte. Y entonces, obsesionado por su idea, aguarda el momento oportuno, llegado éste hiere, mata.

Así ha perecido ahora Liaquat Ali Khan, como antes el rey de Trasjordania, el Gobernador de los Estados malayos, el gran Gandhi, el conde Bernadotte y otros innumerables. A veces, como en el caso de los herederos de Austria en 1914, un simple estudiante de veinte años, que ni siquiera ha terminado su carrera, es con ese asesinato la causa inmediata de la primera guerra mundial; a veces traba la conciliación entre dos pueblos como hebreos y árabes en el caso del conde Bernadotte. Nada de ello importa al homicida, su criterio ha de imponerse.

Reconozcamos que estos delitos se originan en un orgullo inigualado. Pero este es favorecido por el ambiente individualista, que durante un siglo ha venido sosteniendo que todo ser humano tiene implícita o explícitamente derecho a juzgar de todo y de todos. Hallamos a cada paso el individuo que sin estudios previos, sin conocimientos, sin preparación de ninguna especie, dictamina acerca de los problemas filosóficos, religiosos, sociológicos, políticos, y trae a su tribunal cuanto hay en el cielo y en la tierra. Su soberbia le impide ver los límites de su ciencia, de su prudencia, la carencia que padece de todo lo necesario para dictar un veredicto, y su falta absoluta de derecho para sustituirse a la sociedad. Suele formular el cargo de dictador contra su víctima, y no se da cuenta de que él, al dar su sentencia y ejecutarla, se convierte en el peor de los dictadores.

He aquí el fondo moral, o si se prefiere inmoral, de todos estos crímenes. Y es por ello que los maestros de la Iglesia han sido cada vez más severos contra el asesinato político. Ya lo hemos hecho en otras oportunidades, pero nos place unirnos una vez más a quienes condenan los gestos de esta especie: constituyen una violación particularmente grave del precepto: NO MATARAS.

Opción incomprensible

NO ha mucho una información de N. C. fechada en Wáshington decía que, por más que se quisiera atenuar el éxito del Festival Mundial de la Juventud efectuado por los comunistas del Berlín oriental, alarmaba a todo observador sensato el grado en que el régimen totalitario rojo había cautivado los corazones y las almas de los jóvenes. En efecto, si bien constaba la fuga de cientos de ellos para refugiarse en la zona occidental buscando la libertad, sin embargo esos prófugos eran una insignificante minoría junto a los millares de jóvenes que permanecieron vibrantes de entusiasmo aclamando al comunismo, a Stalin y sus símbolos marxistas revolucionarios, despreocupados de alcanzar, a un paso de allí, la decantada liberación de la esclavitud implantada por la tiranía del proletariado moscovita.

Otra información más reciente, perdida en el noticiero de los periódicos, comunicaba que un aparato de cierta línea aérea yugoeslava, desviando su ruta regular, había aterrizado en Suiza con sus tripulantes y veintidós pasajeros huyendo de la dictadura de Tito. Pero ocurre que no todos ellos estaban conformes con la actitud de los dos pilotos, quienes habían planeado esa fuga embarcando consigo a sus esposas e hijos, pues la mayoría de los pasajeros y el resto de la tripulación declaró que prefería regresar a Yugoeslavia, ya que habían sido forzados y violentados a ir a otro destino, con lo que desechaban la oportunidad que tan inesperadamente se les ofrecía de gozar de la libertad.

A estos dos casos pueden añadírseles otros similares que ocurren con frecuencia en distintas circunstancias y diversos países donde impera algún totalitarismo opresor de los derechos y la dignidad de la persona humana.

¿Cómo explicarnos tan descabellada opción? ¿Es que, en realidad, esos pueblos sojuzgados, según nuestra concepción de la vida, no son tales, sino que viven satisfechos y no cambian ninguna otra situación por la propia? Poseemos frecuentes testimonios, especialmente en la literatura contemporánea, que hablan de la esperanza de redención de esos pueblos oprimidos, pero análogos hechos, parecerían indicar que el "I chose freedon" de Kravchenko encuentra menos adeptos que los slogans multitudinarios del altoparlante, la prensa y el afiche estatizados. Algunos pueblos se diría que han perdido la fuerza de gravedad bajo el peso de los mitos contemporáneos, y pasan de largo ante las posibilidades abiertas

de poder conseguir los beneficios de la verdadera y única libertad, aunque sus imperfecciones sean a veces fácil escarnio de los maquiavelismos políticos que les prometen en cambio hipotéticos paraísos de delicias humanas y sociales.

Como católicos tenemos al respecto amargas experiencias, que constituyen los objetivos de nuestra oración y apostolado. Existen millones de hombres que reniegan de la salvación eterna por un instante de falsa felicidad, que es mal y es pecado según nuestras creencias; y no olvidamos tampoco que la predicación de la verdad le atrajo a Cristo más enemistades que discípulos, y su fin fué morir en la cruz.

La civilización cristiana se destruye con actitudes tan incomprensibles como las que comentamos. Nos cuesta admitir una mutilación tal de la dignidad humana, libremente aceptada, o una ignorancia semejante de los más caros derechos de la persona, como si la prédica de algunos modernos conductores y gobernantes fuese capaz de penetrar más hondo que la tradición, la cultura, el progreso de siglos, retrogradando al consenso humano a una sumisión cavernaria.

Volviendo al caso de Berlín, para neutralizar la actividad de los comunistas, la juventud católica realizó un congreso, donde un orador aseguró que "es insensato creer que todo ese entusiasmo (el de los comunistas) ha sido provocado artificialmente. Los rojos con sus métodos han logrado envenenar las inteligencias y los corazones de estos muchachos y de estas muchachas hasta convencerlos de que viven por una causa digna de pelear. A menos que el mundo occidental les ofrezca algo mejor, están perdidos para la civilización cristiana".

Quienes aún no han sufrido la influencia maléfica de los totalitarismos, están en situación de seguir predicando todavía, mientras se pueda, el sentido cristiano de la vida y de la libertad. De sostener vigorosamente el ideal de la dignidad de la persona humana frente a los sustitutos engañosos que rebajan su condición, y la someten con el señuelo de utilitarismos mezquinos y disolventes.

¿Donde está la intolerancia?

EL señor Truman ha resuelto nombrar un embajador ante la Santa Sede. El presidente de los Estados Unidos no es católico, como tampoco el general Clark, su candidato: ambos son protestantes episcopalianos. ¿Por qué toma semejante medida? No ciertamente por religiosidad, pero sí en virtud de un criterio realista. Ha podido comprobar que el Vaticano es la mayor fuerza espiritual de carácter internacional, más aún: universal, que existe en el mundo contemporáneo. Ha logrado darse cuenta también de que hay una incompatibilidad absoluta entre el comunismo ateo, que niega hasta la realidad de Dios y funda su filosofía política y social sobre el materialismo histórico, y el catolicismo que afirma todo el orden sobrenatural. Comprende que, a pesar de no ser una institución política sino religiosa, la Iglesia moverá a sus hombres políticamente en el sentido de que apoyen las tendencias que resisten la conquista del mundo por el comunismo. No se trata aquí de lo económico, pues en este terreno la Iglesia es tan contraria al capitalismo puro como a la colectivización absoluta de todos los medios de producción, sino de la libertad del espíritu y del apostolado cristiano. Por otra parte el Vaticano ha declarado terminantemente que no apoyará empresas guerreras sino exclusivamente las pacíficas. Ninguna razón hay que oponer a éste nombramiento. Brasil, Chile, Uruguay, Francia, entre otros países, ha pesar de haber separado la Igle-

sia del Estado; Egipto, Turquía, a pesar de ser potencias musulmanas, mantienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede. ¿Por qué no los Estados Unidos?

Sin embargo los protestantes yanquis han puesto el grito en el cielo. ¿Por qué? Unicamente en virtud del antiguo no popery, *¡"fuera con el Papa"! que tanto resonó en siglos anteriores. El catolicismo les inspira un odio tal que no trepidan en poner su sectarismo por encima de la causa de la paz, que a esta hora se halla en juego. Hasta olvidan el hecho de que el Vaticano, a más de ser el centro religioso del catolicismo, es un Estado soberano, internacionalmente reconocido, y que tiene en el mundo una trascendencia mayor que por ejemplo la república de Liberia. Pero si esto es así, ¿a quién corresponde el mote de intolerancia?*

Este asunto merece ser tratado con mayor amplitud, y así lo haremos en un futuro próximo. Pero mientras tanto queremos tomar posición, y dejar constancia de cómo aquellos mismos que mil veces han tratado de intolerantes a los católicos, dan muestras de una intolerancia tal que va hasta contra el buen sentido político internacional.

Doctor Héctor Gallac

NOS vemos obligados a comunicar a nuestros lectores la dolorosa nueva del fallecimiento de un antiguo y valioso coaborador, el Dr. Héctor Gallac, que fué durante años nuestro cronista de música. Médico militar, y distinguido en su carrera en la que llegó a altos puestos, la actividad del Dr. Gallac desbordaba su tarea profesional, y se internaba en los campos amplísimos de la cultura artística. En el terreno de la música, asumía el doble aspecto de compositor y de crítico. Si bien gustaba de las formas clásicas, de ninguna manera era reacio a las técnicas modernas, y aún modernistas, y lo mismo era capaz de juzgar una obra de Monteverdi que una de Poulenc, colocando a cada una dentro del cuadro de la época en que apareciera. Por lo que toca a la composición, conocemos de él tanto interpretaciones orquestales de la música folklórica y aun indígena, cuanto obras de índole religiosa, como un Ave María a cuatro voces mixtas, que fué ejecutada hace poco más de un año con éxito indiscutible.

El Dr. Gallac ha fallecido de una crisis cardíaca a edad relativamente temprana, cuando era dado esperar todavía mucho de su laboriosidad y de su talento. Haya otorgado la misericordia divina a esta alma sinceramente cristiana la luminosa paz que tiene reservada a sus justos.

PENSAMIENTO PONTIFICIO

ALOCUCION DEL SUMO PONTIFICE A LOS PADRES DE FAMILIA

Versión castellana de NC del texto del discurso que en francés dirigió Su Santidad el Papa Pío XII a la peregrinación de Padres de Familia de Francia que acudiera a visitarle:

QUERIDOS hijos:

¡Una peregrinación de padres de familia! ¡Qué alegría para nuestro corazón! Tantas y tantas veces, a propósito de las más diversas cuestiones, hemos insistido Nos sobre la santidad de la familia, sobre sus derechos, sobre su papel como célula fundamental de la sociedad humana. Por este último título su vida, su salud, su rigor, su actividad son las que en su orden, aseguran la vida, la salud, el vigor, la actividad de la sociedad entera. Responde la familia delante de Dios de su existencia, de su dignidad y de su función social, porque ella las ha recibido de Dios. Sus derechos y sus privilegios son inalienables, intangibles; ella tiene primariamente ante Dios y secundariamente ante la sociedad el deber de defender, de reivindicar, de promover efectivamente estos derechos y estos privilegios no solamente para su propia prosperidad, sino para la gloria de Dios y el bien de la colectividad.

¡Cuántas veces se han cantado las alabanzas de la madre, saludando en ella el corazón y el sol de la familia! Pero si la madre es su corazón, el padre es su cabeza, y, por consiguiente, el valor, la virtud y la actividad del padre determinan primariamente la salud y la eficiencia de la familia.

Habéis comprendido vosotros, queridos hijos —y por eso os habéis reunido aquí—, la necesidad que tiene el padre de familia de conocer inteligentemente, socialmente, cristianamente, su cometido y sus deberes, y habéis venido con la intención de pedir los consejos y la bendición del Padre común, jefe de la gran familia humana.

Es claro que vuestro primer deber en el santuario del hogar doméstico es el de proveer —teniendo en cuenta y perfeccionando cuanto sea humanamente posible su integridad, su unidad y la jerarquía natural que une entre sí a sus miembros— a la conservación, a la salud corporal, intelectual, moral y religiosa de la familia. Y este deber lleva consigo, evidentemente, el de defender y el de promover sus derechos sagrados, particularmente el derecho de cumplir sus obligaciones para con Dios y de constituir, con toda la fuerza que tiene el vocablo, una sociedad cristiana.

Defender sus derechos contra todas las violencias o influencias exteriores capaces de atentar a la pureza, a la fe y a la estabilidd sacrosanta de la familia.

Promover estos mismos derechos reclamando de la sociedad civil, política y cutural por lo menos los medios indispensables para su libre ejercicio.

Para el cristiano existe una regla que le permite determinar con certeza la medida de los derechos y los deberes de la familia en la comunidad del Estado, y se formula así: la familia no existe para la sociedad, sino la sociedad existe para la familia. La familia es la célula fundamental, el elemento constitutivo de la comunidad del Estado, porque, para emplear las expresiones mismas de nuestro predecesor Pío XI, de feliz memoria, "el Estado es lo que de él hacen las familias y los hombres, de los cuales se forma, como el cuerpo se forma de sus miembros". *

(Enc. *Casti connubii*, 31 dic. 1930. *Acta Apost. Sedis*, vol. 22, 1930; p. 554).

El Estado debería por tanto, en virtud misma, por decirlo así del instinto de conservación, cumplir todo aquello que esencialmente y según el plan de Dios Criador y Salvador, es su deber primordial, a saber: garantizar absolutamente los valores que aseguren a la familia el orden, la dignidad humana, la salud y la felicidad. Esos valores, que son propiamente los elementos del bien común, jamás podrán ser sacrificados en aras de lo que pudiera ser un falso bien común.

Indiquemos solamente, a título de ejemplo, algunos valores que se encuentran a la hora presente en gran peligro:

la indisolubilidad del matrimonio,
la protección de la vida antes del nacimiento,
la habitación conveniente de la familia (y no de una familia con uno o dos hijos, o sin hijos, sino de una familia normal, más numerosa),
la seguridad del trabajo, porque el paro del padre es el desastre más amargo de la familia;
el derecho de los padres sobre los hijos ante el Estado,
la plena libertad para los padres de educar a sus hijos en la verdadera fe y, por consecuencia,

los derechos de los padres católicos a la escuela católica;
las condiciones de la vida pública y, particularmente,
una moralidad pública tal que las familias, y sobre todo la juventud, no se vean en la certeza moral de padecer la corrupción.

Sobre este punto, y aun sobre otros que tocan más a fondo a la vida familiar, no existe entre las familias ninguna diferencia; en otras cuestiones de carácter económico y político, por el contrario, podrán encontrarse las familias en condiciones muy diversas, alejadas y aun en competencia, si no en oposición. Por ello es necesario esforzarse —y los católicos deben en esto dar ejemplo— por promover el equilibrio, aun cuando sea el precio de sacrificio de intereses particulares, en beneficio de la paz interior y de una sana economía.

Pero en cuanto a los derechos esenciales de la familia, los verdaderos hijos de la Iglesia tratarán de sostenerlos a ultranza. Podrá suceder que aquí o allá, sobre un punto u otro, se vean en la necesidad de ceder ante la superioridad de las fuerzas políticas. Pero en este caso no se capitula, sino se tolera. Y aun en tales circunstancias es necesario que la doctrina quede a salvo y que se pongan en práctica todos los medios eficaces para conseguir progresivamente aquello a lo que se ha renunciado.

Entre los medios eficaces, aun cuando fueran a largo plazo, uno de los más poderosos es la unión entre los padres de familia, firmes en las mismas convicciones y en la misma voluntad. Vuestra presencia aquí es un testimonio de que tal es vuestro pensamiento.

OTRO medio que, aun antes de obtener el resultado previsto, no es jamás estéril y que, a falta o durante la esperanza del éxito que se trata de conseguir, reporta siempre sus frutos es el cuidado, en esta coalición de padres de familia, de procurar esclarecer la opinión pública, persuadiéndola poco a poco el que favorezca el triunfo de la verdad y de la justicia. Ningún esfuerzo para actuar sobre esta opinión pública debe ser desdeñado o menospreciado.

Hay un terreno sobre el cual esta educación de la opinión pública y su rectificación se impone con una urgencia trágica. Sobre este terreno la opinión se ha encontrado pervertida por una propaganda que no dudamos llamar funesta, aun cuando ella emane esta vez de fuente católica y trate de actuar sobre los católicos; más aún, cuando aquellos que lo ejercitan no parecen sospechar que están, sin saberlo, ilusionados por el espíritu del mal.

Queremos hablar aquí de los escritos, libros y artículos que tocan la iniciación sexual y que frecuentemente obtienen el día de hoy enormes éxitos de librería e inundan el mundo entero, invadiendo la infancia, sumergiendo la generación adolescente y perturbando a los novios y a los jóvenes esposos.

Con toda la seriedad, la atención y la dignidad que pide este punto la Iglesia ha tratado la cuestión de la instrucción en esta materia, tal como lo aconsejan y lo reclaman, por una parte, el desarrollo físico y psíquico normal del adolescente y, por otra, los casos particulares en las diversas condiciones individuales. La Iglesia puede justamente gloriarse de que, con el más profundo respeto para la santidad del matrimonio, ha dejado, teórica y prácticamente, a los esposos libres en todo lo que autorizan, sin ofensa del Creador, los impulsos de una naturaleza sana y honesta.

Queda uno aterrado ante la intolerable desvergüenza de literatura semejante; cuando, ante el secreto de la intimidad conyugal el mismo paganismo parecía detenerse con respeto, es de ver cómo se viola su misterio y se ofrece su descripción sensual y vivida como fatal pasto para el gran público y la misma juventud. Verdaderamente estamos en el caso de preguntarnos si se ha marcado suficientemente la frontera entre esta iniciación, que a sí misma se llama católica, y las descripciones de prensa o la ilustración erótica y obscena, que de propósito deliberado busca la corrupción o explota vergonzosamente, por vil interés, los más bajos instintos de la naturaleza caída.

No es todo. Esta propaganda llega a amenazar al pueblo católico con un doble azote, por no emplear una expresión más fuerte. En primer lugar, exageran más de lo conveniente la importancia y el papel en la vida del elemento sexual. Concedamos que estos autores, desde el punto de vista puramente teórico, mantienen aún los límites de la moral católica; pero no es menos cierto que su manera de exponer la vida sexual es de tal naturaleza que tiende, en el espíritu del lector medio y en su juicio práctico, a dar la sensación y el valor de un fin en sí mismo. Ello hace que se pierda de vista el verdadero fin primordial del matrimonio, que es la procreación y la educación de los hijos, y el grave deber de los esposos ante este fin, que los escritos a que hacemos referencia dejan demasiado en la sombra.

En segundo lugar, esta literatura, por llamarla así, no parece tener en cuenta alguna la experiencia general de ayer, de hoy y de siempre, porque está fundada sobre la naturaleza, que atestigua que en la educación moral, ni la iniciación, ni la instrucción presentan de suyo ninguna ventaja, y que, por el contrario, es gravemente malsana y perjudicial si no está constantemente ligada a una constante disciplina, a un vigoroso dominio de sí mismo y, sobre todo, al uso de las fuerzas sobrenaturales

de la oración y de los sacramentos. Todos los educadores católicos dignos de su nombre y de su misión saben bien el papel preponderante de las energías sobrenaturales en la educación del hombre, joven o adulto, célibe o casado. De todo esto en sus escritos apenas aflora una palabra, si es que no se oculta todo bajo el silencio. Los principios mismos que, en su encíclica *Divini illius Magistri*, nuestro predecesor Pío XI puso tan sabiamente en claro sobre la materia de la educación sexual y las cuestiones conexas, quedan —¡triste sino de los tiempos!— eliminados de un revés de mano o con una simple sonrisa. Pío XI, se dice, escribía ya hace veinte y cinco años para su época. Después se ha recorrido mucho camino.

Padres de familia aquí presentes: existen sobre toda la superficie de la tierra, en todos los países, muchos otros cristianos, padres de familia como vosotros, que participan de vuestros sentimientos; uníos, pues, con ellos —siempre, claro está, bajo la dirección de vuestros Obispos—; solicitad el poderoso concurso de todas las mujeres y madres católicas para combatir conjuntamente, sin timidez ni respeto humano, a fin de cubrir y detener estas campañas, sea cualquiera el nombre y el patrocinio bajo el que se cubren y autorizan. Con razón habéis colocado vuestra peregrinación bajo la protección especial del gran Papa eucarístico, el bienaventurado Pío X. Tened confianza en el socorro de la Virgen Inmaculada, Madre purísima, Madre castísima, "auxilium christianorum": confianza en la gracia de Cristo, fuente de toda pureza, que no abandona jamás a aquellos que trabajan y combaten para el advenimiento y robustecimiento de su Reino. Con la esperanza más viva de que vuestros esfuerzos y vuestras plegarias aceleren el triunfo de este Reino, os damos de todo corazón, a todas vuestras familias, a todos los padres cristianos unidos a vosotros en espíritu de plegaria y de acción, nuestra bendición apostólica.



DISCURSO DEL PAPA EN LA BEATIFICACION DE VEINTICINCO MARTIRES VIETNAMITAS

Discurso pronunciado por Su Santidad ante las peregrinaciones que habían acudido a la Ciudad Eterna para la beatificación de los mártires dominicos del Vietnam. Su Santidad Pío XII comenzó dirigiéndose a la peregrinación dominicana en italiano y pronunció la segunda parte de su discurso en francés, al dirigirse especialmente a los peregrinos vietnamitas.

En el día mismo en que la Iglesia ha celebrado la fiesta de San Pedro Mártir habéis gustado vosotros, amados hijos de Santo Domingo, la alegría bien legítima de ver añadirse a las filas ya tan numerosas de los beatos vestidos con vuestro blanco hábito, y portadores de palmas en sus manos (cfr. Apoc., 7, 9), a nuevos elegidos, hijos también ellos, por diversos títulos, de vuestro glorioso Patriarca.

A su cabeza hay dos Obispos misioneros de España, tierra de santos, venidos a las lejanas regiones del Tonkín para llevar a ellas, con la luz del Evangelio de Cristo, también el don de su vida (cfr. 1 Thes., 2, 8), empleada en los trabajos y en los cimientos del apostolado y consumada con el sacrificio supremo. ¡Con qué ímpetu, con qué amor la ofrecieron! ¡Amor hacia el Pastor divino y hacia las ovejas de su grey! ¡Y qué conmovedora es la figura del beato José Díaz Sanjurjo! Como el ciervo sediento desea un arroyo de agua, él, herido por el amor de Dios, anhelaba el martirio. Así escribía de él dieciocho días antes de la inmolación su hermano Melchor García Sampedro, que debía un año más tarde extinguir también él en su sangre la sed de Dios vivo (Ps. 41, 3) con que ardía.

Conducidos por estos dos corifeos, otros veintitrés vencedores participan en su triunfo. Todos veneraban en Santo Domingo a su Padre: dos sacerdotes eran miembros de su Orden, otros dos igualmente sacerdotes eran terciarios dominicos, y los restantes, de los que siete habían recibido en el bautismo el nombre de Domingo, atestiguaban igualmente la filiación espiritual de todo el Tonkín oriental.

Con los ojos levantados al cielo, ellos contemplaban, unidos entre sí y con los que les habían precedido en la gloria de los altares, la innumerable falange de los héroes que, sobre todo en los años que van de 1856 a 1862, habían dado a Cristo el testimonio de su sangre.

El Padre Santo prosigue en francés:

Es para vosotros, queridos hijos del Vietnam, un consuelo bien poderoso y dulce, en medio de las tristezas y angustias de vuestra hermosa y amada Patria, el de la glorificación de vuestros mártires, a la que habéis venido a asistir, en unión de corazón con todos vuestros compatriotas, a quienes las circunstancias actuales retienen lejos de aquí. Es para vosotros un motivo de justo orgullo y de inquebrantable esperanza.

De orgullo porque, en fin, millares de vuestros hermanos que desde hace dos siglos han derramado su sangre por la defensa y la conservación de su fe, gritan bien alto el coraje y la generosidad de vuestro pueblo, su fidelidad a Dios y a la Santa Iglesia, pese a los desórdenes de la guerra, a las persecuciones, a las ruinas de vuestras ciudades y vuestros templos, a la dispersión y la situación dramática de vuestros sacerdotes y fieles. Y, sin embargo, pese a tantos y tan graves obstáculos, la religión continúa entre vosotros realizando nuevos progresos, como lo atestiguan las numerosas conversiones de estos últimos tiempos.

De eperanza también, decíamos, porque la sangre de los mártires es, como se ha afirmado con verdad, semilla de cristianos. ¡Y qué admirable legión de mártires, escalonada a través de las generaciones, se ha reclutado en todas las clases de vuestra Patria! Porque también son de vuestra Patria estos misioneros religiosos de diversas Ordenes y de diversas naciones, que lo han dejado todo para darse a vosotros y que han mezclado su sangre con la de vuestros padres y vuestros hermanos, esa sangre cuya voz, unida a la de la sangre redentora de Jesús, se eleva poderosa hacia el Padre de las misericordias.

"Sursum corda!", queridos hijos; haced subir vuestro reconocimiento hacia Cristo, Cordero inmolado, cuya sangre os salvó, os salva y os salvará siempre; haced subir vuestro reconocimiento hacia la Virgen Inmaculada, que



hace poco pasaba entre vosotros como una madre en medio de sus hijos, como una reina en medio de su pueblo, aclamada por multitudes innumerables; haced subir vuestro reconocimiento hacia vuestros bienaventurados mártires, hacia los del pasado, hacia aquellos que acaban de unirse a sus falanges, hacia los dos pontífices hijos del glorioso Santo Domingo y de la noble España, hacia todos vuestros hermanos del Vietnam, confesores de la fe, que por la variedad de sus caracteres y condiciones representan realmente a vuestra Patria entera.

¡Confianza, pues, y siempre confianza! ¡Escuchad este grito! ¡Que él vibre alegremente en vuestros corazones! ¡Ojalá pueda, a pesar de la distancia y de la dificultad de las comunicaciones, resonar también en los corazones de nuestros hijos bien amados retenidos lejos de Nos y lejos de vosotros por sus deberes o por sus pruebas! Que también a ellos como a vosotros descienda, como prenda de nuestro afecto paternal, nuestra bendición apostólica.

RADIOMENSAJE DE S. S. PIO XII A AFRICA DEL SUR

La asamblea del Episcopado Sudafricano, reunida para celebrar la instauración de la Jerarquía católica en aquellos territorios, recibió el siguiente radiomensaje del Papa:

EN el oficio de la liturgia de hoy, quinta dominica después de la Pascua, la santa madre Iglesia recuerda el primer capítulo de una carta que San Pedro escribió a los fieles del Ponto, Galacia Capadocia, Asia y Bitnia. ¡Cómo se conmovería el alma de aquel príncipe de los apóstoles por el consuelo y justo orgullo de contemplar la rápida difusión del Evangelio de su divino y amado Maestro! Se volvería su pensamiento a aquellos días serenos de Cafarnaún, en que Jesús le dijo, como a sus compañeros de pesca, que bogaran mar adentro y lanzaran sus redes para la faena, y cogieron tal cantidad de peces, que las mallas estaban a punto de romperse (Luc. 5, 4-6). "Entonces Jesús dijo a Pedro: "No temas, en adelante vas a ser pescador de hombres" (Ibidñ 10). ¿Recordaría su primer sermón dicho en Jerusalén poco después de la resurrección de Cristo? "Unas tres mil almas se ganaron para el Señor ese día" (Act. 2, 41). Ahora puede dirigirse a iglesias florecientes a lo largo y ancho del Asia y de Grecia, y su propia sede episcopal ha de establecerse en Roma, el mismo centro y corazón del imperio.

Una y otra vez, este gozo que experimentara el primer Vicario de Cristo, ha encontrado eco en los corazones de sus sucesores en Roma, cuando Particio condujo a Irlanda al aprisco del divino Pastor, Agustín a Inglaterra, Bonifacio la Germanía, Cirilo y Metodio a la nación de los eslavos, y ese gozo cabal que hoy invade nuestra alma, no es distinto del suyo cuando nos dirigimos a vosotros, venerables hermanos y amados hijos, reunidos para celebrar la erección de la Jerarquía en la Unión Sudafricana.

¡Ah!, mucha décadas han transcurrido desde que la Iglesia fué establecida en vuestro vasto y rico país; hace casi siglo y medio que la misa se ofreció por vez primera en la Ciudad del Cabo, y vuestra venerable catedral de Santa María ha sido testigo del transcurrir de un centenario. Pero hoy, la Iglesia en la Unión Sudafricana llegó a la mayoría de edad. Su crecimiento ha sido firme, sólido y seguro. Las escuelas están florecientes; tenéis vuestra prensa católica y vuestro seminario; hay hospitales y orfelinatos para los que sufren y para los miembros necesitados del Cuerpo de Cristo. Entera alabanza han merecido los intrépidos misioneros, cuyo valor y decisión, venciendo formidables obstáculos y repetidas contrariedades, han escrito una página gloriosa en los anales de Africa del Sur. Tampoco podemos reprimirnos de mencionar con especial sentido de afecto y gratitud a las hermanas, nativas y extranjeras, que han supuesto una incalculable ayuda al clero en obras de misericordia corporal y espiritual.

Si justo es volver hoy la vista atrás y regocijarse en los éxitos del pasado, es de excepcional importancia meditar orando y con devoto y ardiente celo en esa brillante visión de un progresar sin límites que se extienda ante vosotros. Ello, estamos ciertos, constituye la diaria ocupación de vuestros Obispos, y nadie, sino ellos, comprenderá con mayor claridad y viveza que, si la Iglesia del Africa meridional ha de enfrentar con éxito el futuro, tendrá que apreciarse un señalado incremento en la cifra del clero indígna. Ello significa que el hogar católico de los nativos ha de estar impregnado por una fe robusta, una alta estima hacia el sacerdocio y aquella conciencia del exaltado privilegio y honor que supone para una familia cuando Dios llama a uno de sus hijos al servicio del altar. Los padres que estén penetrados de ese espíritu, no cederán en generosidad para entregar a sus mejores al Señor de la mies, cuyo corazón se apena por la falta de quienes le ayuden a cosecharla. Cuando la Iglesia es servida y se rige por sacerdotes y Obispos de vuestra propia nación, íntimamente formados en las ciencias sagradas y con hondas raíces en la vida espiritual, las esperanzas y plegarias de los misioneros de primera hora tendrán su cumplimiento; entonces aquellos sus años de trabajos y sacrificios, entre riesgos y privaciones, habrán recibido la recompensa del ciento por uno.

Para que Dios, en su amor sin límites por la Iglesia de Sudáfrica, acelere ese día, elevamos una ferviente plegaria a la Reina de los apóstoles, mientras que, con paternal afecto, impartimos a vosotros, venerables hermanos, y para vuestra amada grey la bendición apostólica.

DOCUMENTOS

CONVERSACIONES CATOLICAS INTERNACIONALES

Es sabido que cada año, durante el mes de setiembre, un grupo importante de intelectuales católicos pertenecientes a diversas nacionalidades se reúne, en una ciudad de España, para discutir con alguna profundidad los problemas que interesan más a las generaciones actuales. Este año se examinó la verdadera y falsa teología del patriotismo. *La secretaría de la institución nos ha remitido una síntesis de las discusiones habidas, que vertida del francés (no hemos recibido el texto español), comunicamos a nuestros lectores. La damos a título exclusivamente documentario, y sin hacernos solidarios de las ideas emitidas, con varias de las cuales disentimos hondamente.* — La Dirección.

I. QUE ES LA PATRIA

Es evidente que el sentimiento patriótico ha adoptado formas diferentes en el curso de la historia, y que aun en una sola época pueden ser encaradas formas muy diversas de patriotismo. Varios entre nuestros amigos recuerdan la larga evolución del patriotismo: las antiguas ciudades griegas, las comunidades medioevales, las Repúblicas urbanas italianas del Renacimiento, las monarquías de derecho divino, el Estado jacobino de los siglos XVIII y XIX... Una gran diversidad de formas patrióticas se manifiesta a lo largo de tal evolución. Como lo expresa el señor Azaola, la idea y el sentimiento de patria, aunque sean cosas excelentes, son humanas, y por lo tanto deben cambiar a medida que cambian las formas sociales. "Toda nueva forma de sociedad exige una nueva forma de patriotismo".

¿Cómo establecer, pues, una noción de patria valedera al mismo tiempo para el pasado y el presente, para Grecia antigua y para los Estados Unidos, para Occidente y Oriente, para los pueblos sedentarios y los nómades?

El canónigo Leclercq preferiría una definición muy general aunque fuera un poco vaga. El patriotismo, nos dice el profesor de Lovaina, es una forma de vínculo a un grupo, en el supuesto de que tal grupo sea bastante extenso y que en él reine un sentimiento unánime de solidaridad". Esto puede parecer demasiado poco preciso, pero ha de reconocerse que es extremadamente difícil, y hasta imposible, llegar a una definición enteramente satisfactoria.

La patria, afirma el Sr. de Corte, es "tierra de los antepasados, cuadro de la vida común, conjunto de los hábitos físicos y morales trasmitidos de generación a generación, costumbres, acciones y pasiones tradicionales de la inteligencia y del alma, civilización extendida en el espacio y el tiempo". "Pero todas estas nociones, por verídicas y desbordantes de significado que sean, no agotarán jamás el contenido misterioso de la patria". La patria, dice el Pbro. Esteban citando textos de diversos autores, es tierra, raza, costumbres, leyes, religión, idioma; ella es espíritu y carne, comprende valores antiguos y étnicos, geográficos y culturales.

Pero la patria es también un misterio en el sentido que M. Marcel ha dado a estas palabras. Es una cosa inobjetivable e incodificable que se encuentra al mismo tiempo dentro y fuera de nosotros. El peligro consiste en que nunca se llega a saber qué es la patria. Es para evitar tal peligro que M. Rolin prefiere una concepción más realista al afirmar que la patria es ante todo patrimonio, conjunto de bienes trasmisibles en los que participa como en un capital común todo hombre en virtud de su nacimiento.

¿Cómo salir de esta maraña de ideas?

Una observación del R. P. Hamer podría sin duda sernos útil, a fin de no caer en lo inexpresible. El patriotismo sería una noción escalonada, analógica y no homogénea. Con lo cual podríamos llegar hasta a un patriotismo de dimensiones mundiales partiendo del patriotismo más íntimo y misterioso, el que nos vincula a realidades más condensadas y carnales.

¿No sería posible una noción pluralista del patriotismo? Quien más entusiasta se muestra por tal idea es el Sr. Azaola. Nos recuerda el patriotismo sensitivo, sentimental y metafísico que D. Miguel de Unamuno nos describía hace más de un cuarto de siglo. Nos hablaba también de círculos concéntricos que se ensanchan más y más hasta alcanzar el mundo entero sin que sea posible o sin que sea debido encerrarse en ninguno de ellos, ni tampoco olvidarlos.

Pero el patriotismo pluralista, o la noción pluralista de patriotismo, no va sin dificultades porque, como nos lo hace notar el Sr. de Corte, "el hombre tiene una potencia limitada de adhesión a la realidad que lo rodea". Nuestra capacidad de conocer y de amar no es indefinidamente extensible.

"Durante la era liberal se ha trabajado por concentrar sobre el sólo Estado todos los sentimientos de vinculación a los grupos. En lugar de favorecer la formación de grupos naturales y el sentimiento de vinculación proporcional a los beneficios que se hallan en cada uno de éstos, se ha procurado destruir todos los sentimientos comunitarios independientes del sentimiento nacional, de modo de dar a éste un carácter absoluto". Es en este sentido que dice el canónigo Leclercq "el Estado occidental se ve castigado por donde pecó". Pero este pecado ¿no es cometido a su vez por aquellos que al declararse ciudadanos del mundo quieren ensanchar indefinidamente la idea de patria hasta olvidar la existencia de patrias reales y vivientes?

Es probablemente en torno a esta concepción pluralista de la patria que deberá reconstruirse el patriotismo.

He aquí, justamente, un aspecto importante del problema que planteamos ante nuestros amigos. Las ideas que el Sr. Liebeskind nos ha comunicado acerca del patriotismo suizo podrán, sin duda, prestarles servicio.

II. El PATRIOTISMO ¿ES TODAVIA UNA VIRTUD CRISTIANA?

Entre muchas cosas que hoy día padecen una crisis, el patriotismo no es sin duda la menos importante.

Pero, ¿cuál es la profundidad y alcance de esa crisis? Cuando se afirma que el patriotismo se halla en crisis, no se quiere decir que es una virtud actualmente poco practicada —lo que, por lo demás revistiría una importancia muy relativa—, sino que muy difícilmente encuentra su objeto propio en la sociedad laicizada y desarraigada de nuestro tiempo. "Sea que el término patria ya no tenga sentido, sea que el deber de culto y de servicio prestado antaño a la patria sea tributado a nuevas comunidades", el patriotismo es para muchos algo carente de toda significación virtuosa, comprueba M. de Las Cases. "Ya no se tiene el sentimiento de que el Estado o la comunidad nacional corresponde en la vida de sus miembros al sentimiento violento y exclusivo que habitualmente se llama patriotismo. Un cierto número, vinculado a las ideas antiguas, se irrita cuando se discute la cuestión, y continúa desarrollando los temas patrióticos como se lo hacía hace cincuenta años; pero su actitud acentúa más el contraste entre la realidad actual y tales sentimientos", dice el Canónigo Leclercq.

Por lo demás, las últimas crisis nacionalistas han puesto en evidencia que existen muchas cosas inaceptables ocultas bajo la apariencia de patriotismo. La Iglesia misma se ha visto obligada a desenmascarar determinadas deformaciones que recuerdan las épocas oscuras del paganismo. El canónigo Leclercq llega a preguntarse "si el patriotismo es más frecuentemente manantial de virtud que de vicio". Evitemos, dice, jugar con las palabras: si se comienza por afirmar que llamamos patriotismo el amor virtuoso de la patria, se llegará evidentemente a ver una virtud en dicho patriotismo, y se dará otro nombre a todas las formas de amor patriótico que engendren pecados. Pero tal actitud es de puro verbalismo, porque si se comienza por definir el patriotismo como virtud, ya no hay caso de discutir si es una virtud...". El Sr. Azaola se muestra todavía más categórico. Nos asegura que "durante los últimos años el patriotismo ha dejado de ser una fuerza bienhechora, y que tiempo hace que el Estado nacional disgrega a los europeos en lugar de unirlos", "y durante los últimos años el patriotismo ha engendrado más daños que bienes, al contrario de lo que ocurría en las demás épocas".



El cargo principal que se le formula es que constituye una rémora, un obstáculo que se opone a la unificación del mundo. Así se expresa el canónigo Leclercq. "El drama de nuestro tiempo finca en que el sentimiento patriótico aparece como un tropiezo para la constitución de las nuevas comunidades; y como éstas corresponden a la necesidad primaria del siglo, un cierto número de espíritus preocupados por salvar la civilización reacciona violentamente contra el patriotismo en sí".

Por lo demás, ya que se trata del punto de vista cristiano, conviene recordar aquí que la idea del patriotismo no fué muy simpática al cristianismo durante los primeros siglos. Es el Pbro. Paniker quien nos trae indicaciones muy precisas acerca de este punto. Nos recuerda por ejemplo que durante el siglo segundo Celso combate el cristianismo porque éste destruye los caracteres nacionales de los diversos pueblos. El dicho sacerdote es quien nos rememora con oportunidad diversas frases de S. Pablo y mediante citas muy exactas nos muestra hasta qué punto la idea universalista dominaba entre los cristianos primitivos sobre la idea patriótica. Los cristianos eran patriotas sospechosos. El canónigo Leclercq y M. Celier insisten también sobre esta idea. Este nos dice que "a los ojos de los paganos los cristianos son enemigos del Estado porque se niegan a honrar los dioses de la ciudad. Por mucho que los apologistas proclaman que los cristianos son, porque tales, los mejores ciudadanos del Imperio, el malentendido no deja de ser causa de inumerables martirios.

M. Celier muestra muy bien el carácter paradógico del patriotismo cristiano: "la paradoja del cristianismo se vuelve más escandalosa: ¿cómo puede la caridad universal imponerme una preferencia, algo exclusiva, para con tal grupo social" Pero recordemos que el patriotismo no es una exigencia de la Caridad, y Santo Tomás había ya insistido sobre este punto.

Es evidente que todas las dichas dificultades son más aparentes que reales. Pero para destruirlas es indispensable reducir la idea de Patria a sus justos límites. El patriotismo será una virtud dentro de la hipótesis de que no pretenda absorber al hombre y que no sea separado de su verdadero objeto: tan sólo entonces se podrá afirmar que es una virtud natural, y será posible proclamar que, sobreelevado por la gracia, puede constituir para el cristiano un peldaño de esa escala de Jacob que une la tierra con el cielo.

La cuestión que se plantea para nuestros amigos consiste en reconocer la profundidad, los caracteres de la crisis, y saber si en el fondo se trata de una crisis de crecimiento, o de decadencia. Esto permitiría por lo demás fijar los límites del patriotismo virtuoso en nuestro tiempo.

III. IDEOLOGIAS Y PATRIOTISMO

En el mundo actual las ideologías (marxismo, fascismo, democracia...) obran como grandes fuerzas de aglutinación y desagregación entre los hombres. Esto ocurre hoy más que en ninguna época de la historia.

Patriotismo e ideología se entremezclan hasta la confusión.

Por una parte las ideologías adoptan a veces el aspecto venerable del patriotismo con el fin de exigir los sacrificios de los ciudadanos. El Sr. de Corte evoca el problema de la resistencia al nazismo y muestra que "en muchos casos, fué menos la patria en sí la que resistía al invasor a través del alma de los hombres que la concepción política de que estaban impregnados los hombres hasta los tuétanos. El enemigo era menos odiado como enemigo que como portador de una idea opuesta a otra idea". El combate entre el francés y el alemán, manifiesta M. Salleron, nos muestra hasta qué punto "las ideologías que nacieron entre dos guerras no pudieron, cuales quiera fueran ellas, tomar cuerpo e imponerse en torno a la idea nacional".

Por el contrario, los nacionalismos se esconden a veces bajo la apariencia de sistemas y doctrinas políticas a los que utilizan como medio de penetración imperialista. Nadie duda de que el comunismo no sea un arma muy poderosa puesta al servicio del nacionalismo ruso, como la revolución lo había sido antaño al servicio del imperialismo francés. Por lo que toca a la China de Mao Tse Tung, es también M. Salleron quien nos recuerda que no hace falta ser especialista en cuestiones asiáticas para estar seguro de que el nacionalismo ha determinado una revolución que el comunismo colorea. M. Rolin a su vez nos dice muy juiciosamente que "el patriotismo partidista es un patriotismo desnaturalizado, que en lugar de sentir la patria como una realidad carnal y concreta la concibe como el lugar de una ideología, la expresión de un ideal: la patria es para aquél la mensajera de una filosofía dêl hombre y de la sociedad". "Es imposible que ese patriotismo no se vuelva inmediatamente parcial: es a tal filosofía, a tal sistema político, con exclusión de todos los demás, que el partidario reconoce los privilegios de encarnar su patria. Y ese patriotismo se torna inevitablemente apasionado: es un encarnizamiento por reducir y destruir todo lo que no se conforma a la imagen estrecha y endurecida que se ha forjado de su país. Así nacen los partidos, las facciones, las guerras civiles, tanto más inexplicables cuanto están animadas por un más arte patriotismo".

Para no ir más lejos, recordemos todavía que los marxistas, también, hablan de la "patria proletaria", como de algo especificamente diferente de la "patria burguesa".

Y puede ser que no les falte totalmente razón.

Esta vinculación entre patriotismo e ideología ¿será, en efecto, algo puramente contingente y al mismo tiempo poco deseable, o, por el contrario, representaría una afinidad más profunda y necesaria? ¿Son separables patriotismo e ideología? ¿Cuál es, por fin, en las luchas contemporáneas, la parte de la ideología y la del patriotismo auténtico?

IV. ¿DEBE REHACERSE LA TEOLOGIA DEL PATRIOTISMO?

He aquí una cuestión que parece demasiado aventurada, o quizás un poco banal ¿debe rehacerse la teología del patriotismo? "No lo creo, nos responde el R. P. Hamer ¿no debería más bien rehacerse el inventario de nuestras deudas?". Si durante la Edad Media la teología no encaraba más que tres formas menores de la justicia: la religión, la piedad para con la patria, y la piedad para con los progenitores, tal posición era quizás valedera para el mundo medieval; pero en nuestro mundo el dominio abarcado por nuestras deudas se ha ensanchado, y "tomamos cada vez más conciencia de una herencia histórica común más vasta que la del país natal".

Admitamos pues que no debe rehacerse la teología del patriotismo, pero sí ensanchar la idea de patria.

¿No sería empero posible ensanchar la teología misma, agregándole nuevas y más grandiosas perspectivas? En primer lugar, la concepción del deber patriótico basada sobre la noción de deuda pone el acento sobre la contemplación del pasado mas que sobre la perspectiva del futuro: de este modo el patriotismo se vuelve sobre todo culto a los antepasados y a los padres de la patria; adopta la forma de fidelidad. Así se la ha concebido durante siglos; pero la mentalidad moderna es radicalmente "futurista"; lo que une a los hombres para una tarea común es más la esperanza de un porvenir mejor que el recuerdo de un pasado más o menos discutible. "No deberemos sorprendernos de que el patriotismo no sea más que una palabra vana si se continúa sosteniendo que la patria es la tierra de los antepasados, porque entonces el patriotismo se resumirá en una larga y estéril lamenta-

REVISTAS

UN INTERESANTE ARTICULO DE D. VON HILDEBRAND

EN el último número que nos llega de *Testimonio* (Bogotá, Colombia), interesante revista, llena de fervor apostólico, que dirige un grupo de intelectuales colombianos, aparece un notable artículo de este conocido filósofo, bajo el título de *La Humanidad ante una encrucijada*. Partiendo del análisis del existencialismo sartriano, señala dos aspectos singulares de la actual crisis de la humnidad: la pérdida del sentido de la *religión* y la *fe absoluta* en las leyes políticas. El existencialismo ateo, que quiere significar una total experiencia humana, no lo consigue, y solamente una entrega completa a la divinidad, puede significar una verdadera vida humana. Todo ello se resume en los párrafos finales que se dan a continuación:

"La verdadera vida humana significa que comprendamos que nuestra existencia no está basada en un despliegue soberano de nuestro humor arbitrario, en una plenitud presuntuosa, sino en una libre cooperación con los dones naturales y sobrenaturales de Dios, sobre el gran diálogo que sostenemos con una realidad independiente de nosotros, con un trascender del reino de nuestro ser limitado, una participación en la infinita plenitud de Dios.

"La verdadera vida humana significa la aceptación de nuestra absoluta dependencia de Dios, de una vida con toda su inseguridad natural, con sus riesgos y sus sacrificios; en la cual tenemos que confiar en la Providencia y no en nuestras fuerzas, ni en un progreso automático de la humanidad; una vida en la cual la mayor felicidad y el mayor éxito son siempre un don de Dios, sin tener en cuenta que tan grandes hayan sido nuestros propios esfuerzos. Como dijo San Pablo: "Paulus plantavit, Apollo rigavit, Deus autem dedit incrementum". Significa una vida plenamente consciente de que "in manibus tuis tempora mea". Y en lo que respecta a sus relaciones con el Estado, significa que se conozcan los límites de lo que pueden realizar las leyes políticas.

"Ciertamente la concepción católica de la vida no es ni pietista ni quietista, no es una actitud de indeferencia hacia la "res publica", que no se interesa sino por nuestras almas. Cristo debe ser también el Señor de la vida pública terrenal; la faz de la tierra debería llevar el sello de Cristo, no solamente en las almas de los individuos sino también en la estructura del Estado y en toda vida de la comunidad. Pero el cristiano sabe que la justicia social y la mejor de las constituciones nunca podrán reemplazar la contribución espontánea del individuo, que la perfecta justicia presupone la caridad. Por eso no espera el cambio decisivo de las leyes de un estado perfecto, sino de la conversión de los individuos. Al distinguir claramente cuál es la misión del Estado, que es lo que la autoridad del Estado por su misma naturaleza tiene que regular e imponer, de las cosas con las cuales solamente el esfuerzo espontáneo del individuo podrá contribuir, insistirá en los derechos inalienables del individuo y luchará con toda la energía posible contra toda concepción totalitaria".

---

ción sobre el pasado. No será más que una vana palabra si se continúa calificando con el nombre espantoso de apátridas a todas las gentes que optaron por una tierra de libertad, por una civilización hospitalaria en que volvieron a encontrar una razón de vivir". Reconozcamos que estas ideas, expresadas por M. Las Casas, son muy juiciosas.

Parece por lo tanto muy natural que un concepto del patriotismo basado sobre la noción de deuda despierte menos interés que otra fundada sobre la noción de misión o de vocación común. La patria sería, pues, una comunidad de esperanza más que una comunidad de deuda. Recordemos aquí la palabra de Nietzche: "la patria no es la tierra de los padres sino la de los hijos". ¿Hasta qué punto puede construirse una teología fundada sobre tales ideas? He aquí el problema que en el fondo se plantea M. Rolin cuando se pregunta si existe una vocación sobrenatural colectiva. Del mismo modo que el pueblo de Israel fué destinado por Dios para realizar una misión en la historia, ¿podría decirse otro tanto de los demás pueblos? El papel desempeñado por cada patria en cada período de la historia ¿responde a una voluntad expresa de Dios? He aquí un camino que nos conduciría sin duda a difíciles cuestiones, porque "mientras somos víctimas de las dicotomías mortales entre lo natural y lo sobrenatural, entre los derechos de la naturaleza y las exigencias de la gracia... no podremos dialogar entre católicos sobre los problemas del mundo de hoy" (Pbro. Paniker).

Pero M. Rolin va más lejos, y se plantea un problema todavía más difícil. "¿Tienen nuestras patrias algo que participa de la eternidad?". Plantea la cuestión en el cuadro muy preciso del dogma cristiano de la resurrección de la carne. Por lo tanto, lo que importa saber es si las patrias resucitarán con nosotros. Parece que M. Celier no participa de esta opinión: "en la eternidad, nos dice, no habrá naciones ni patrias". ¿Puede afirmarse, como lo hace M. Celier, que la diversidad de naciones sea una consecuencia del pecado? ¿Debería tomarse demasiado a la letra el relato bíblico de la torre de Babel, suponiendo que la división de la humanidad en patrias, naciones, y razas sea un castigo de Dios?

Dios es quien conduce a las naciones, es El quien conduce la historia. ¿Por qué no admitir que esa diversidad nos lleva hacia una armonía grandiosa que no llegamos a comprender?

He aquí un conjunto de ideas que podrán ser, sin duda, el punto de partida de una nueva teología del patriotismo. Una nueva teología que no habría cortado los puentes que la unen a la antigua. ✱

EL AUSENTISMO DE LA MISA DOMINICAL

EL Secretariado Central de Publicidad y Propaganda de la Acción Católica Argentina nos hizo llegar un interesante artículo del presbítero Ryckmans, aparecido en *Paroisse et Liturgie* (Bélgica). En él se considera en forma directa los aspectos más importantes de este serio problema, y al mismo tiempo se dan soluciones. Transcribimos estas últimas, que serán de suma utilidad para la campaña litúrgica que desarrolla actualmente la Acción Católica.

"Hechas estas consideraciones, se deduce enseguida que es absolutamente inútil dirigirse a estos cristianos que hace años que no van a misa, y pedirles que vuelvan a ir. Nunca han entendido la misa, siempre se han aburrido cordialmente en ella, han rechazado tiempo ha sus escrúpulos y declaran que no hacen mal a nadie, afirman, además, que siguen rezando, pero que no ven por qué deben ir a la iglesia los domingos. Y es muy cierto que no ven el por qué. Más aún: dominados por la anemia espiritual de la que hablábamos hace un momento, sus nociones religiosas y su delicadeza de conciencia se han debilitado. Es como si se hablara en el desierto.

También deducimos cuán infructuosas son las "campañas" que tienden a conseguir que la gente vuelva a practicar. Se logra así atraer a algunos cristianos que se sentían inquietos y a un cierto número de personas que cede momentáneamente a una presión social. Terminada ésta —como sucede al fin de una misión— todo cae en el letargo. El tiempo ha sido demasiado corto para hacer pensar seriamente y obtener que, de esa reflexión, se derive un reajuste en la escala de valores.

Dos conclusiones se imponen ahora con evidencia. La primera se refiere a los que cumplen. Es necesario enseñarles a pensar y a saber. Hay que ponerlos frente al problema de su escala de valores. Preguntad, en el transcurso de un sermón dominical a vuestros fieles qué es lo que se encuentra en la cima de su escala de valores: "¡Contestaos a vosotros mismos!". Un silencio de muerte reinará en la iglesia. Y si añadís que para muchos de los que practican se encuentra en la cima, el dinero, o las mujeres, o "su" cine, el silencio se hará aun más intenso.

Abrid ahora el Evangelio. ¡Qué luz proyecta! Nuestro Señor predica ininterrumpidamente la escala de valores. "De qué sirve al hombre...". "Nadie puede servir a dos

INFORMACION CATOLICA

COMIENZAN EN ROMA LAS JORNADAS DEL CONGRESO DE APOSTOLADO LAICO

ROMA, octubre (NC). — Restaurar el reino de Cristo con la misma intensidad con que avanza el progreso de la humanidad, llegar a una decisión personal definitiva, obedecer pronta y plenamente al Padre Santo, comprender la realidad del Cuerpo Místico: tales fueron los conceptos fundamentales que los oradores señalaron al cristiano, durante las primeras sesiones del Congreso Mundial del Apostolado Laico que se reúne en la Ciudad Eterna.

Unos 1.200 delegados venidos de casi todos los contornos de la tierra se congregaron el domingo en la Basílica de San Pedro para implorar el auxilio divino en la tarea que se han impuesto de descubrir, mejorar y aplicar nuevos métodos que apresuren el advenimiento "de la paz de Cristo en el reino de Cristo".

Ofició en la ceremonia de la bendición con el Santísimo Sacramento —que inauguraba las sesiones—, Su Eminencia el Cardenal Adeodato Piazza, secretario de la Sagrada Congregación Consistorial. Seis cardenales, 21 arzobispos y obispos y numerosos sacerdotes se unían a los seglares para ayudarles y alentarles en su apostolado. En todo el ambiente reinaba aquella sensación ecuménica que debió predominar en los concilios desde los tiempos apostólicos.

La asamblea plenaria se efectuó en el Palazzo Pío, y allí pronunció el discurso inaugural Su Eminencia el Cardenal Giuseppe Pizzardo, prefecto de la Congregación de Seminarios y Universidades, para hacer la historia del apostolado de los seglares dentro de la misión secular de la Iglesia.

Después de señalar la eficacia y la importancia de la colaboración de los laicos al apostolado de la Jerarquía, el Cardenal Pizzardo urgió a los delegados a promover con insistencia la pronta acción de los católicos, en respuesta filial a los continuos llamamientos con que Su Santidad el Papa Pío XII pide que se lleve la fe al terreno de la acción inmediata, como el medio más seguro de defender la dignidad del hombre, y de salvar a la civilización cristiana.

Pasada la sesión, el alcalde de Roma Salvatore Rebecchini festejó a los delegados en Campidoglio, el palacio municipal de la ciudad.

Tocó luego a las delegaciones escuchar el vigoroso mensaje del canónigo José Cardijn, consiliario general de la JOC, cuyo pensamiento central insistió en la urgencia de recristianizar al mundo conforme se achica ante el progreso técnico y científico de las presentes generaciones.

La extensión e intensidad de la misión de Cristo y de su Iglesia deben consumarse con la misma rapidez del progreso moderno, dijo.

Donde más urge el apostolado de los católicos es en el campo del trabajo; el tremendo crecimiento de los ejércitos de obreros ha producido una clase universal consciente de sus derechos y deberes, acicateada por las miserias, las injusticias y la opresión del liberalismo capitalita y del materialismo.

Solamente la solución decente, equitativa y universal de la cuestión social puede crear las condiciones fundamentales para un orden social apacible, armonioso y productivo.

No se crea, añadió el sacerdote, que el problema del trabajo es simplemente económico y material; ante todo es "un problema de humanización total, de educación integral, de organización inteligente que permita la dignidad, el respeto y el desarrollo de la persona, de la familia y de las clases enteras del humano linaje, no solamente en su trabajo, sino en todas las manifestaciones de su vida".

Con pinceladas maestras el canónigo Cardijn describió el panorama de nuestros días: cambios de población, geográficos, adelantos de la ciencia, la técnica y las comunicaciones, han acercado a los pueblos al punto de resquebrajar sus diferencias; la población ha crecido cuatro veces desde 1700; la vida se prolonga, disminuyen los analfabetos, se expande la higiene, la medicina, la cultura y la educación, para no mencionar el crecimiento de las industrias y las ciencias.

"Todos estos cambios no son sólo universales, sino uni-

---

amos...". "Si tu ojo te es motivo de escándalo...". ¡La escala de valores!

Hay que situar luego la misa y la Sagrada Eucaristía en la escala de valores... Hacer vivir la misa todos los domingos. Y en función de la vida. Situarla en la escala de valores del cristiano. Hemos expuesto el método en otro lugar (1). Bastará con repetir que si no hacemos vivir a nuestros cristianos su misa dominical, ésta no ocupará ningún lugar efectivo en su escala de valores, y todos ellos estarán expuestos a caer, tarde o temprano, en el ausentismo dominical.

La segunda conclusión concierne a los que no practican. Hay que llegar a cada uno de ellos. También hemos hablado de este punto en otro lugar. Digamos simplemente aquí que debe crearse el contacto amistoso. Luego, descubrir cuál es exactamente la escala de valores del interesado. En seguida, enseñarle a pensar. A pensar en su destino y, en función de éste y de la síntesis religiosa que hay que ayudarle a alcanzar (¡ya que por regla general nunca la han tenido!), darle de nuevo el deseo de la vida cristiana. Volver a construir pacientemente su escala de valores. Después, hacerle comprender la misa, pero bien, en función de su vida. Disponerlo a la entrega de su persona a Nuestro Señor Jesucristo, ya que eso es la vida cristiana, eso es la misa. Por fin, animarlo a dar el paso más difícil: volver a la iglesia un domingo. Si hace falta, acompañarlo o hacerlo acompañar por un vecino o una vecina que le merezca confianza. Para esta iniciación, elegir un buen día de fiesta y una misa hermosa. De ese convertido sí que respondo. Será menester seguirlo y alentarlo, pero la misa habrá tomado ya para él un sentido, y muchos de estos convertidos son más piadosos y fieles que los critianos de pura tradición.

Si estamos dispuestos a emprender este largo "catecumenado", si encontramos la colaboración necesaria para tal fin, lograremos hacer volver al pueblo a misa. Si esta misa se hace viviente y no sólo animada, si se inserta en la vida real de nuestros cristianos, los fieles perseverarán y los que abandonen serán la excepción.

Si alguien conoce un método mejor, que lo proponga enseguida, pues éste que recomendamos no es, por supuesto, fácil. Pero, ¿acaso se puede lograr algo grande en la tierra sin sufrimientos, tiempo y esfuerzo?"

(1) "La Paroisse vivante". Casterman, 1951.

GABRIEL MARCEL Y SU TEATRO

Bajo el título de *Teatro y filosofía* se publica en el último número de *Sur* una breve nota del preclaro pensador, en la que sostiene que lo esencial de su obra, "con excepción de los estudios críticos, se distribuye entre la filosofía y el teatro". Sobre el sentido cristiano de su teatro afirma: "Siempre me abstuve, sobre todo en las últimas (L'emissaire, Le signe de la croix, Rome n'est plus dans Rome), una luz aparece al final, pero tan sólo en la perspectiva de uno de los protagonistas y de tal modo que el espectador tiene plena libertad de acogerla o rechazarla. No se trata nunca de imponerle nada que se parezca a una solución en un dominio en que la conciencia debe ser soberana y decidir por sí mismas. A lo largo de mi obra toda no habré tenido más ambición que responder por mi cuenta, sean cuales fueran mis debilidades e insuficiencias, al deseo expresado por Claudel en *La Maison Ferme*:

Haz que yo sea entre los hombres como una persona sin rostro y mi
Palabra sobre ello sin ningún sonido como un sembrador de tinieblas, como un sembrador de iglesias,
Como un sembrador de la medida de Dios.

ficadores, en cuanto alcanzan a transformar a todos los hombres, a toda la creación".

Para los cristianos, este momento histórico entra en su fase decisiva.

"La unificación de la humanidad obedece al plan del divino amor, pues Dios dió la tierra a los hombres para que gozaran de sus frutos y así perfeccionaran sus vidas hasta llegar a ser partícipes de la vida de Dios y del Reino de los Cielos".

Consumar este plan es una misión que pesa sobre las espaldas no sólo de la Jerarquía, del clero, sino también de todos los fieles que forman el Cuerpo Místico de Cristo, concluyó el orador belga.

Durante el segundo día del Congreso hablaron Su Eminencia el Cardenal Antonio Caggiano, obispo de Rosario en Argentina, y el arzobispo de Bombay Excmo. Mons. Valeriano Gracias, para exponer "los fundamentos doctrinales del apostolado seglar".

El cardenal Caggiano se refirió a la constitución de la Iglesia, su jerarquía y su misión, y la manera específica en que los fieles pueden cumplir con su cometido apostólico bajo la dirección de los obispos.

Monseñor Gracias insistió en "el deber ineludible de todo cristiano, de lanzarse al apostolado... que le viene de su bautismo en Cristo, y que le obliga a vivir y profesar su fe". Hay muchas formas de apostolado, agregó, y el cristiano puede escoger la que mejor responda a sus inquietudes. "Pero debe escoger y decidirse".

N. de R. En el próximo número publicaremos más información relativa a este Congreso, cuya clausura ya se ha efectuado, procurando dar dentro del carácter quincenal de nuestra revista los más amplios antecedentes de tan importante asamblea mundial.

REUNESE EN MEXICO EL CONSEJO INTERAMERICANO CULTURAL DE LA OEA - HABLA T. DE ATHAYDE

CIUDAD DE MEXICO, (NC). — En la tarea de promover la extensión de la cultura en América es necesario un entendimiento con las organizaciones religiosas culturales, especialmente con las iglesias, cuya acción educativa es considerable en todo el continente, declaró Alceu de Amoroso Linía (Tristán de Athayde) en el I Congreso del Consejo Interamericano Cultural de la Organización de Estados Americanos, reunido en esta capital.

Con tal entendimiento podrá obtenerse "una colaboración más íntima en los objetivos comunes de elevación espiritual de la cultura, de manera que se eviten dos males, iguales y contrarios: el sectarismo fanático y el agnosticismo naturalista", agregó el intelectual brasileño, jefe del Departamento Cultural de la OEA.

La finalidad del primer congreso del CIC fué estudiar el estatuto que debe regir las actividades de este organismo en el campo cultural; elaborar un programa de cooperación técnica interamericana en materias de educación, ciencia y cultura, e intensificar las campañas nacionales contra el analfabetismo según planes concretos.

El congreso se celebró en México como homenaje a su Universidad Nacional, segunda en América en antigüedad y que ahora celebra su cuarto centenario, y además porque México fué el promotor del CIC en la IX Conferencia Internacional Americana de Bogotá.

En su discurso de la reunión inaugural, el Dr. Alberto Lleras Camargo, secretario general de la OEA, dijo:

"...El Consejo Interamericano Cultural está reunido desde hoy para procurar que toda desigualdad que implique una inferioridad en el campo de la cultura desaparezca de América, y también para exaltar aquellas desigualdades que señalan virtudes características de naciones o zonas humanas, y que contribuyen a preservar la diversidad y el vigor de nuestro mundo nuevo...".

Más adelante, al recordar que la Carta de los Estados Americanos consagra el respeto que cada estado debe tener por los derechos de la persona humana y los principios de la moral universal, con lo cual proscribe la inmoralidad y la injusticia, el Dr. Lleras afirmó:

"En América hay todavía discriminación racial, y hay que abolirla. La educación en América —restringida artificialmente unas veces, otras por causas naturales y económicas muy graves— no permite aún igualdad de oportunidades a todos los seres humanos que la habitan, y millones de hombres y mujeres no llegan a la escuela jamás".

El Dr. Amoroso Lima propuso en su discurso que cualquier plan de acción cultural conjunta en el continente debe partir de tres bases:

1. Unidad del género humano, que hace universal al hombre americano. 2. Unidad del Nuevo Mundo, por la cual el hombre americano posee ciertas características histórico-psicológicas comunes, cualesquiera sean los pueblos o países de donde es oriundo. 3. Variedad racial, histórica, económica y educativa del continente, que hace a sus habitantes una realidad compleja desde el punto de vista individual y social.

Agregó el orador que el CIC, con su influencia en el progreso general de América, "podrá mostrar al mundo que las mayores revoluciones político-sociales, las únicas realmente creadoras, son obras de la inteligencia libre del espíritu sutil, y no de la violencia individual o colectiva, ni de los sistemas sociales rígidos y uniformes, ni de las místicas aislacionistas o colectivistas".

Entre los 60 delegados y 40 observadores americanos y europeos en el congreso se hallaban el Dr. Jaimes Torres Bodet, director general de la UNESCO, varios ministros de educación de países americanos, no pocos intelectuales católicos y dos sacerdotes; el Pbro. Dr. Oscar Robles Toledano, vicerrector de la Universidad de Santo Domingo y delegado de la República Dominicana, y el R. P. Juan Alvarez Mejía S. J., de la revista **Latinoamérica** de México, delegado de Colombia.

QUINTO CONGRESO DE DEMOCRACIA EN EUROPA

FRANKFURT, Alemania, octubre (NC). — El quinto congreso de la asociación pro democracia cristiana "Nouvelles Equipes Internationales" (NEI) efectuado en Bad Ems, declara que aunque inspira confianza la integración militar y económica de Europa, es preciso insistir en que se funde sobre un ideal cristiano.

La defensa total de Europa debe inspirarse en principios cristianos y democráticos, que constituyen "la más preciosa herencia espiritual de estos pueblos".

Los delegados, que pertenecen a varios grupos nacionales empeñados en la práctica de la democracia cristiana, expresaron la esperanza de que pronto se torna realidad el llamado Plan Schuman para la producción y distribución conjunta de carbón y hierro en Europa.

La reciente conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos en Wáshington dió impulso a este plan.

El Congreso del NEI hizo un llamado a todos los cristianos por la defensa conjunta de su herencia espiritual y por la práctica de la justicia social, ante la urgencia de



"rescatar al mundo de toda clase de materialismos y totalitarismos".

Libertad de espíritu, libertad política y justicia social van siempre de la mano, declaró el NEI.

ADENAUER PONE LA SALVACION DE EUROPA EN SUS CATEDRALES

LUCERNA, Suiza, octubre (NC). — "Es mi esperanza levantar a Alemania sobre los fundamentos de la verdad y de los ideales cristianos... Es la única forma de salvarla de la tempestad que se levanta en el Oriente, y con la unión de los hombres de buena voluntad triunfaremos", declaró el primer ministro Dr. Konrad Adenauer durante la recepción que le tributara aquí el gobierno cantonal.

Mi administración tiene una fe profunda en Europa y Alemania, "cuyas catedrales se levantan hacia el cielo para servir con la humildad de la fe y la grandeza del Dios todopoderoso, a la defensa y conservación de los ideales cristianos", agregó.

PARA AUMENTAR EL NUMERO DE VIVIENDAS

La Asociación Católica de Padres de Familia de la diócesis de Wéstminster acaba de hacer público un estudio sobre los distintos puntos que pueden conducir al tan necesario incremento en la construcción de viviendas, pues, como se dice en el preámbulo del trabajo, existe muy seria alarma "ante el grave peligro de llegar a un proceso de moral degradación que todo ciudadano debe evitar, atendiendo, cuanto esté de su mano, a la enorme angustia de los que carecen de hogar apropiado".

A la vista de las elecciones que se anuncian, proponen una reunión de representantes de los sectores de la vida nacional y los distintos partidos para interesar a todos en la orientación del problema. El trabajo publicado, y que titulan "La cruzada del siglo XX", se ha hecho llegar a los ministros que rigen la sanidad y la administración local, a los diputados más interesados en el problema, párrocos, prensa y obras católicas de acción social. Lleva un prólogo del Cardenal Arzobispo de Wéstminster, quien al dar su apoyo a este movimiento, reclama el interés de cuantos ocupan cargos de responsabilidad.

En los puntos que destacan los padres católicos de familia para resolver el problema de la vivienda, se pide que ésta se limite a reunir las necesidades precisas, sin dotarla de excesivas comodidades, cosa hoy tan frecuente, pero que encarece la obra y reduce, por tanto, el número de las que se realizan. Agregan que debe disponerse de una variedad de tipos, desde el hogar para la familia numerosa al de personas que viven sin compañía. Reclaman una campaña que impulse un mayor rendimiento de la mano de obra, más fácil suministro de materiales, junto con medios mecánicos para grandes volúmenes de obra y facilidad en las tramitaciones. También debe revisarse otra clase de construcciones no destinadas a vivienda, a fin de que, cuando sea posible, se deriven hacia éstas los elementos que diversas obras absorben.

●

MONTREAL, (NC). — Después de una llamada del Excmo. Mons. Paul Emile Leger, arzobispo de Montreal, unos 500 artesanos y obreros se reúnen en horas libres para adelantar los trabajos de construcción del Hogar de la Caridad, que alojará a más de mil desamparados y mutilados de la región; comerciantes y firmas regalan los materiales. Primero entre los voluntarios: Monseñor Leger, con sierra y martillo en mano.

LONDRES, (NC). — Su Eminencia el Cardenal Bernard Griffin, arzobispo de Wéstminster, envió un mensaje al Palacio de Buckingham, en nombre de los católicos de Inglaterra y Gales, para expresar su sentimiento por la enfermedad del rey Jorge VI y ofrecer oraciones por su restablecimiento.

SAN DIEGO, California, (NC). — El obispo de esta diócesis, Excmo. Mons. Charles F. Buddy, organiza una campaña de cinco semanas por la conversión de no católicos, con la cooperación de los fieles, valiéndose de oraciones, debates sobre temas religiosos en los colegios, publicidad en lo diarios, retiros, espirituales, invitación a oír misa a los no católicos.

COLONIA, (NC). — Diez años después ha celebrado los 360 de su fundación la editorial católica alemana Regensberg, de Muenster, pues en 1941 la había cerrado el régimen nazi por haber impreso la encíclica "Mit Brennender Sorge" que condena el racismo.

DE NUESTROS LECTORES

"Señor Director:

ANIMADO por la cordial acogida que siempre ha dispensado a los lectores de la Revista de su dirección, me tomo la libertad de dirigirle estas líneas.

Muchas veces lo dijo el Papa y otras tantas lo hemos visto comentado en CRITERIO y en todas las publicaciones católicas: es necesario tratar de solucionar el problema de la vivienda.

En Roma, Milán, Maryland, Innsbruck y en muchos otros lugares, el catolicismo está trabajando para atemperar ese mal (Su Santidad contribuyó con cien millones de liras en la construcción de una barriada para trabajadores en Roma). En nuestro país nadie desconoce su existencia ni su gravedad; hace pocos días, en el Congreso, un legislador manifestó que "se ha calculado que anualmente la población del país aumenta en 400.000 habitantes, por el crecimiento vegetativo y por la inmigración, lo que exige la construcción de no menos de 12.000.000 de metros cuadrados de viviendas", y más adelante agrega que a pesar de carecer de una estadística exacta, "podemos afirmar que lo construído en 1950 no alcanza a 6.000.000 de metros cuadrados".

Ha llegado el momento de actuar, es necesario que una institución se haga cargo y todo el catolicismo argentino responda. Las dificultades no son mayores ni menores que las que tuvieron y tienen los que emprendieron igual obra (1). Cándido GARCIA"

(1) Adherimos a las elevadas miras de nuestro lector, y como una prueba de las muchas iniciativas que al respecto pueden intentar los católicos, publicamos en la sección INFORMACION CATOLICA una de ellas, debida a la Asociación Católica de Padres de Familia en Londres. N. R.

T E A T R O

N I N A

HAY comedias intrascendentes que por la gracia de sus autores y la autoridad con que son interpretadas, consiguen provocar algunas carcajadas merced a sus equívocos. Hace mucho tiempo que no vemos ninguna en Buenos Aires, y quizá la obra maestra del género sea *The play is the thing*, de Molnar.

En nuestra ciudad, desgraciadamente, se presentan las otras, las sin gracia, las aburridas. Y de entre ellas, como obra maestra de lo tedioso, podemos nombrar sin titubeos ni vacilaciones a *Nina*, deleznable pieza de André Roussin que une a sus múltiples defectos el haber sido escrita con pretensiones, buscando hacer filosofía sobre el sexo femenino, filosofía que es indudablemente barata, pero por la que se cobran quince pesos la platea, lo que constituye un típico caso de agio.

Una de las características del género ligero es su brevedad y agilidad. *Nina* es abrumadoramente larga, y en cuanto a la otra cualidad, se puede decir sin exagerar, que una manada de elefantes son mucho más livianos que la mitad de cualesquiera de sus actos.

Y por si la obra fuera poco, la interpretación es desastrosa. Enrique Serrano, en el ocaso de su carrera artística, ha perdido la voz y las pocas dotes que tuviera hace treinta años, antes de dedicarse al cine pornográfico, de donde también parece haber sido radiado por su falta de éxito. Jorge Rigaud, que es un buen actor de cine, aparece aquí cohibido y estático. Malisa Zini, muy mal dirigida, es quien está mejor del terceto principal: de los demás sobresale Antonio Provitilo, que en un momento del segundo acto revela un aplomo y una autoridad, en una parte sin mayor importancia, que Serrano y Rigaud no muestran en toda la noche.

Desde el punto de vista moral, la obra es totalmente rechazable. El cinismo y la "filosofía" de Roussin, no son solamente un atentado contra el arte dramático, sino también un ataque a las buenas costumbres.

C I N E

ME CASE CON UNA ESTRELLA

SI para muestra basta un botón, permítasenos transcribir el primer chiste de *Me casé con una estrella.*

(La escena tiene lugar en un café. Entra Sandrini con un traje que podría ser de vaquero mejicano. Como es mozo del establecimiento, lleva en su mano una bandeja con algunos pocillos).

Un parroquiano: *Ché, ¿dónde dejaste el caballo?*

Sandrini: (tartamudeando, de acuerdo a la receta que lo ha hecho célebre) *Al lado de la mula de tu hermana.*

Como ese es el mejor momento de la película, nos excusarán los lectores de la subsiguiente crítica.

ESPECIALISTA EN SEÑORAS

HAY en nuestro país una serie de misterios relacionados con el espectáculo público. En teatro, son los más notables el éxito de las comedias de Talice y Suárez de Deza. En cine, el de Juan Carlos Thorry.

Esta comedia, pergeñada por Pondal Ríos y Olivari, es otra tontera de los fecundos y versátiles autores de *La tercera invasión inglesa.* Ideada con el solo objeto visible de dar oportunidad a Thorry para gesticular, y a Argentina Sono Film para preparar una propaganda pornográfica en torno a ella, sólo deja en el espectador el recuerdo de la garbosa figura de Analía Gadé, lo cual desde un punto de vista estrictamente cinematográfico, no basta.

MUJERES EN SOMBRA

EN *Un muerto que huye,* de René Clair, hay una escena en la que los dirigentes de un teatro proponen a la vedette cortar una parte en la que intervienen dos cómicos que en ese momento se hallan en el escenario ensayando. La actriz, los mira cariacontecida y responde: "Pobres, lo hacen con tanto entusiasmo...".

En *Mujeres en sombra* pasa algo parecido. Argumentista, director e intérpretes han querido filmar un semidocumental interesante sobre la vida de las reclusas en la Cárce de Mujeres. Se vé preocupación por el detalle, intento de ahondar psicologías, deseo de mostrar cómo el delito no paga dividendos, etc. El resultado no es tan halagüeño. Comenzando por la factura técnica, que tiene defectos de sincronización tan enormes que en las tres cuartas partes de la película en que los artistas están con la boca cerrada, se los oye hablar, y viceversa; hasta la mediocre interpretación del numeroso grupo de actrices. *Mujeres en sombra* defrauda.

El director Catrano Catrani ha conducido la acción con mano débil, floja. El libretista ha ideado una serie de episodios sin fuerza coherentes, y las actrices no han podido hacer mucho por salvar una cinta condenada irremediablemente al fracaso por su realizador. Anotemos, sin embargo, la simpatía y fotogenia de Diana Ingro.

La Acción Católica Argentina ha calificado a *Mujeres en sombra* como *desaconsejable,* moralmente.

DAMA SIN CORAZON

El Dr. Eduardo Tiscornia nos ha enviado la siguiente carta:

....

"Leí una vez en un libro de dos autores soviéticos, que las cintas americanas se hacen para una edad mental de quince años. Me pareció una exageración del imperialismo ruso. Con **Dama sin corazón** confirmé de que se trataba de una exageración, pero de la propaganda yanqui. Dime, tú que puedes convocar dócilmente comités, reunir comisiones y dar conferencias, ¿no crees que la filmación de películas de la categoría de la que me ocupa, merece el exorcismo de un congreso especial?

Dama sin corazón es un índice que recomiendo a tus más pesimistas cavilaciones. Relata las andanzas de una señorita acaudalada que acumula grados universitarios y vive al margen de una vida integrada. Este tema, que aunque ha sido ya tratado, puede desarrollarse en forma

interesante, ha sido llevado con una tal irresponsabilidad y estupidez, que realmente marca una época.

Los productores presentan un profesor de astronomía inglés en la persona de Ray Milland. Le obligan a afectar una pronunciación inglesa que no consigue y le llevan a EE. UU. a dar conferencias. No sé si la nueva generación de profesores ingleses será tan desenvuelta como resulta el personaje, lo cierto que Milland, desempeña un papel tan ridículo, que da lástima. ¿Te acuerdas de **Días sin huella**?, allí demostró su calidad estupenda de autor. Pues aquí le hacen caerse de una bicicleta, lo empujan al agua y le dejan salir con una galera que le queda chica y unos jodhpurs que le quedan cortos. Por su parte, a Rosalind Russell le suceden peripecias de tal guisa, que tú te llenas de nostalgia pensando en Abbot y Costella.

Hay un sólo dato de interés que escapa a los productores al margen de su deseo. Es un dato ya muy conocido pero de indudable importancia sociológica. Todos los inconvenientes que la película hace ocasionar a los protagonistas, tienen como deus ex machina al sistema periodístico americano. Desde el comienzo de la cinta, cuando se le declara al profesor que si no se conoce su record militar en la guerra, o no se somete a un completo interrogatorio amoroso tipo Kinsey Report, sus conferencias no atraerán público, hasta las fotografías y los títulos que publica el "Benton Herald", todo revela esa morbosa condición sensacionalista de la prensa norteamericana, completamente incompatible con la libertad de prensa, porque ésta no es más que una expresión de la Libertad en general, y ésta no existe cuando cualquier detalle equívoco, —o mejor dicho que pueda dar lugar a equívocos— de tu vida privada puede salir en una cadena de seiscientos diarios.

No te escribiría si creyera que ésta es sólo una pésima cinta. He visto muchas cintas pésimas en mi vida y jamás me ha ocurrido el escribirte. Pero si lo hago es porque atiendo más al síntoma que a una crítica particular. Tú sabes que en psicopatología social, el síntoma es tan importante como en patología humana general. Para mí **Dama sin corazón** indica un estado grave de cosas, ya que el nivel cultural de gentes que decide la filmación de películas así, es el que de pronto pasa a integrar el Departamento de Estado y a solucionar problemas internacionales como la guerra en Corea o el asunto entre Inglaterra e Irán. Esos son resultados de una democracia bien entendida, pero no dejan de dar lugar a consecuencias imprevisibles. Tú comprendes que no puede ser que el país más poderoso de Occidente, paladín mecanizado, San Jorge moto-aéreo, debata situaciones como las que me han ocasionado esta indignación personal.

Por último, después de todas las peripecias, Russell renuncia todos sus cargos directivos y corre a los brazos del profesor. Ella ha aprendido que su vida ha de integrarse en el sentimiento y en la misma forma que un perro lanudo sacude sus crenchas mojadas, la hermosa Rosalinda termina con sus complejos y marcha alegre al himeneo. Todo para alegría y sazón de perturbadas mecanógrafas que creen que el matrimonio es la panacea universal.

En fin, nada ha dejado de hacerse en esta bella cinta que no pueda sacar de quicio a un ser sensato y responsable. Es en este tipo de idioteces que debería ejercitarse una censura implacable y fundada. Porque hacen tanto mal como un descuidado trato de la moral cristiana, y son quizás índice de malestares más intensos".

. . . .

Vagabond Jim

LIBROS

"TODOS LOS HOMBRES SON MORTALES", por Simone de Beauvoir. Emecé Editores. Buenos Aires.

CON fértil imaginación y buena técnica novelística, Simone de Beauvoir aborda en esta obra un tema original que entretiene y hace pensar. Mas a pesar del éxito que al parecer ha tenido "Todos los hombres son mortales", es lo cierto que muy pocos dirán que la autora haya sacado al asunto el partido que brindaba. La aparente falta de preparación filosófica y teológica, por otra parte perfectamente lógica, de la escritora existencialista, ha conspirado para privar de profundidad a la novela. Nosotros diríamos que hasta ha restado a su personaje principal esa verosimilitud que da entidad a la ficción literaria. El conde Fosca, que después de ensayarlo con una rata —precursora medieval acaso de los modernos conejillos de Indias— bebe una pócima que lo torna invulnerable a la muerte, en modo alguno se define como suponemos que debiera ser un auténtico inmortal, más bien se trata —aparte toda ironía— de una especie de superviviente vitalicio que deambula por tiempos y lugares, cada vez más desvaído y embotado. En cierto modo el conde Fosca se parece a aquel moribundo de un cuento de Poe que un himnotizador retenía en la vida por la sola fuerza de su voluntad. Un día ésta cesa de actuar y el himnotizador ve desleírse en un hervor de larvas el cuerpo del himnotizado. En realidad había muerto hacía mucho tiempo y si no se disgregaba era por la violencia hecha por el himnotizador al alma para que continuase informando el cuerpo.

Resulta curiosa la impotencia de los escritores que se lo proponen para imaginar un ser humano realmente inmortal. Ya hemos hablado en estas mismas páginas de uno que se los fingía adormilados y torpes como esas antiquísimas tortugas del Jardín Zoológico. Parece que les estuviese vedado suponer seres espirituales, perfectibles, nobles, generosos, abnegados, capaces de empinarse hasta el cielo por sus virtudes y sabiduría quintaesenciadas a lo sublime por el decurso de los años y pintan hombres mezquinos, egoístas, a quienes la repetición de sensaciones y sentimientos acaba por curtirles el corazón y llenarles el alma de cansancio y escepticismo.

Evidentemente Simone de Beauvoir ha querido consolarnos con su ficción del inmortal conde Fosca, de nuestra indefectible finitud. La muerte da sentido, dice, a todos nuestros sueños, actividades y ambiciones. Esencialmente todos los hombres somos mortales, como reza la mayor del más socorrido ejemplo silogístico de la lógica formal, y quien pretenda huir de esto, si ello fuese posible, cargaría con una tremenda maldición, porque lo que da valor a la vida, ha dicho la autora de esta versión al español en una crítica, es la muerte.

El razonamiento resulta inconcluyente. No vemos por qué la parte ha de ser mejor que el todo ni que la vida parezca un bien porque se acaba. Lo cierto es que la muerte no nos paraliza porque su llegada jamás parec cosa de hoy sino de mañana y que todo el progreso espiritual del mundo actual se ha nutrido del dogma consolador de la vida perdurable, alcanzado precisamente a través de nuestro tránsito mortal.

"OZANAM Y SUS CONTEMPORANEOS", por Ambrosio Romero Carranza. Editorial "Criterio". Buenos Aires.

ENTRE las buenas expresiones del moderno género literario de la biografía novelada debe clasificarse la nueva producción de Ambrosio Romero Carranza, y son sus más sobresalientes cualidades la seria y cabal información, la congruente dosis de imaginación y el estilo en que está escrita, al tiempo vívido y sobrio, ágil y preciso.

En verdad, esta vez y como siempre, el alentado publicista católico argentino, que ya ha dado elocuentes muestras de su capacidad y dedicación, acertó con un tema grato a la vez al afán del escritor y apasionante para la atención de los lectores. Ozanam, por su rica y definida personalidad, multiplicidad de talentos, adamantina fe y admirables obras reúne, sin duda, todos los atractivos deseables para tentar a un escritor capacitado para la empresa de evocar su vida. Por otra parte el tiempo en que vivió, las cuestiones que le apasionaron, las batallas que librara, los conflictos que previó, las figuras próceres que se movieron en torno suyo y que con él coincidieron o lucharon, constituyen un friso histórico admirable cuyo esbozo significa discriminar en sus orígenes el proceso de ideas y problemas cuya definitiva solución atormenta cada vez más al mundo actual.

Veinte años hace que Ambrosio Romero Carranza se interesara por su biografiado y, desde entonces, con devoto fervor leyó y estudió las obras de Ozanam, su actuación y tiempo, admiró y adhirió a su trascendental obra social y cristiana, las Conferencias de San Vicente de Paul. Preparación morosa y fervorosa que ha dado por fruto las excelentes y vigorosas páginas de este libro.

Léalas quien quiera saber cómo se piensa, estudia, vive, ama y obra en cristiano; porque en trincheras de avanzada se batió Ozanam; fué el católico sin miedo ni tacha y en todos los terrenos del pensamiento o de la acción dió testimonio de su fe; la tribuna, la cátedra, el libro, el periódico, las reuniones públicas le vieron actuar prudente y firme. Demócrata sincero, se avocó al estudio de los problemas políticos y sociales, y las águilas del pensamiento de su tiempo le vieron volar a la par suya, ala con ala. Su generoso corazón fué a los pobres y a Dios su cotidiana oración de sumiso hijo de la Iglesia. El dulce y firme laico francés ha encontrado en Romero Carranza un biógrafo digno de sus cristianas virtudes y otros méritos.

Prologa el libro Mons. Miguel De Andrea, Obispo de Temnos. Ilustró Miriam de la Riestra y la presentación del volumen estuvo a cargo del sello editorial de esta Revista.

"¿AMIGO?", por Jorge Di Leo Peña. Edición del autor. Buenos Aires.

JORGE Di Leo Peña se ha presentado a la consideración pública con un nuevo libro "¿Amigo?" Es le cuarto que da a la estampa en siete años, y si, como parece por un retrato suyo que figura en la contraportada, su edad actual no pasa de los veintidós años, puede colegirse tanto su precocidad cuanto su decidida vocación por el apostolado intelectual.

Nobles son los temas que Jorge Di Leo Peña elige para sus libros y edificantes los fines que se propone con ellos. Pero quizá confiando con exceso en los aplausos que le prodigan amigos tan bien intencionados como imprudentes, viene subestimando la seriedad del compromiso que asume al afrontar el juicio del público. Y es una lástima porque así reedita páginas flojas sin exigirse a fondo como debiera.

Cumplimos advirtiéndoselo a Jorge Di Leo Peña, franca pero amigablemente y no desesperamos de poderle aplaudir en próxima oportunidad si consagra a sus trabajos las indispensables fatigas.

Jean Emese.

P R O F E S I O N A L E S

M E D I C O S

Dr. José Daniel Aráoz
ESPECIALISTA EN OIDO, NARIZ Y GARGANTA
ex Jefe del Servicio del Hospital Bosch
CORDOBA 3371 — T. E. 79 - 4001
Part. 44 - 4730

Dr. Iván J. L. Ayerza
MEDICO
Traumatología y Ortopedia
JUNCAL 2573 — T. E. 78 - 2533

Dr. Antonio Balcazar Morrison
CLINICA MEDICA
Avda. LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN 2538
Pedir hora — T. E. 71-9453

Dr. Luis María Baliña
ENFERMEDADES DE LA PIEL
MAIPU 975 — T. E. 31-2253

Dr. Amadeo P. Barousse
MEDICO
Avda. DE MAYO 354 — T. E. 658-0409
RAMOS MEJIA

Alejandro M. Braceras
M E D I C O
Enfermedades de la piel
ARENALES 1611 — Pedir hora — T .E. 44 - 1705

César Cardini
M E D I C O
C H A R C A S 7 8 8 — C A P I T A L

Dr. Carlos Alberto Castaño (hijo)
MEDICO CIRUJANO
PARAGUAY 725 — T. E. 31-2372

Juan Domingo Cirio Malbrán
M E D I C O
AYACUCHO 1541 — T. E. 44 - 1596
Pedir hora — 83 - 4025

CLINICA Y SANATORIO CORDOBA, S. A.
Maternidad - Cirugía - Especialidades
Avda. CORDOBA 3371 — T. E. 79 - 4001

Dr. Héctor Colmegna
Enfermedades de las Vías Respiratorias
SARMIENTO 839 — T. E. 35 - 0257 — Partic. 44 - 3380
Pedir hora

Dr. Felipe de Elizalde
MEDICO DE NIÑOS
Avda. LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN 946
Pedir hora — T. E. 42-5602

Raúl A. Devoto
CLINICA MEDICA
M E L O 1 9 9 4 — T. E. 44 - 2029
Consultas: Lunes, Miércoles y Viernes de 18 a 20 hs.
Pedir hora

Dr. Juan Agustín Etchepareborda
CLINICA MEDICA
JOSE E. URIBURU 1267 — T. E. 41 - 7634
Solicitar hora

Dr. Publio M. Ferro
CLINICA MEDICA
FRENCH 3102 — T. E. 78 - 1707

Dr. Jorge Galárraga
MEDICO CIRUJANO
Ginecología y Obstetricia
Matrícula 03025
Lunes, Miércoles y Viernes
ESMERALDA 634, 4º Piso — T. E. 35 - 3729

Dr. Carlos J. García Díaz
MEDICO DE NIÑOS
JULIAN ALVAREZ 1930 — T. E. 71 - 1210
Reservar hora

Dr. Rafael J. Larre
MEDICO OCULISTA
MAIPU 645, 4º piso, Nº 10 — T. E. 31 - 7027

Carlos Jorge Lotti
Clínica Médica - Aparato Digestivo
M E L O 1 9 9 4 — T. E. 73 - 5152
Pedir hora

Dr. Carlos A. Llambías
MEDICO
Avda. CALLAO 569 — T. E. 35 - 3355
Solicitar hora

Miguel F. Méndez Trongé
MEDICO OCULISTA
A R E N A L E S 2 1 1 7 — T. E. 44 - 5997

Dr. Jorge Nocetti Fasolino
MEDICO DE NIÑOS
VIAMONTE 1716 — T. E. 35 - 5557
Pedir hora

Dr. Jorge Olivera
MEDICO

SANATORIO FLORES
INSTITUTO DE CLINICA NEUROPSIQUIATRICA
Director: Prof. Dr. GONZALO BOSCH
Tte. Gral. DONATO ALVAREZ 350 - T. E. 63 - 0027
BUENOS AIRES

Dr. Jorge Tamini
ENFERMEDADES DEL PULMON
Lunes, Miércoles y Viernes de 15 a 20 hs.
RIO BAMBA 118 - 1er. Piso — T. E. 48 - 5672

ABOGADOS - ESCRIBANOS

Carlos A. Bellati
ABOGADO
LAVALLE 1605, 2° piso — T. E. 35 - 2192

Dr. Angel Gómez del Río
ABOGADO
CORRIENTES 115 — PARANA (Prov. de Entre Ríos)

Eustaquio B. Labayru
ESCRIBANO
TALCAHUANO 68 — T. E. 38 - 7642

Roberto A. Lanusse
ABOGADO
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Jaime Potenze
ABOGADO
MEXICO 613 (3° D) T. E. 30-6835 Buenos Aires
COLONIA 1554 (3° 6) U. T. E. 40-1249 Montevideo

Eduardo A. Roca
ABOGADO
SARMIENTO 643 — CAPITAL

INGENIEROS - ARQUITECTOS

Rafael Ayerza
ING. CIVIL
MONTEVIDEO 434 — T. E. 35 - 9041

Enrique Balestrini
ING. CIVIL
TALCAHUANO 736 — T. E. 42 - 2808

Roberto Juan Cardini
ARQUITECTO S. C. de A.
POZOS 230 — T. E. 38 - 9311

Francisco D'Arcángelo
ING. CIVIL
MORELOS 17 — T. E. 66 - 2439

Aristóbulo A. de Seta
ING. INDUSTRIAL
GARIBALDI 129 — T. E. 243 - 4212
LOMAS DE ZAMORA

Emilio M. C. Devoto
ING. CIVIL
PAMPA 5654 — CAPITAL

M. Roberto Gorostiaga
ING. CIVIL
PIEDRAS 383 — T. E. 34 - 2222

Luis M. Gotelli
ING. CIVIL
YERBAL 176 — T. E. 60 - 3446

Sebastián Enrique Guiroy
ING. CIVIL
HIPOLITO IRIGOYEN 850 — T. E. 34 - 1221

Antonio R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Fernando R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Rafael Lanusse Gelly - Jorge A. Storni
ING CIVIL — AGRIMENSOR U. N. B. A.
Avda. R. S. PEÑA 555 — T. E. 33 - 5769

Roberto Leggiero
ING. CIVIL
BELGRANO 3252 — T. E. 30 - 3179

Máximo Mantel
ING. CIVIL
MONTEVIDEO 1685 — T. E. 41 - 9018

Carlos E. Olivera
ING. CIVIL
Cemento Armado
Avda. DE MAYO 1370 — T. E. 38 - 4549

Esteban Pérez
ING. INDUSTRIAL
TREINTA Y TRES 40 — T. E. 62 - 4393

Ricardo M. Puelles
INGENIERO AGRONOMO
PARANA 1231 — T. E. 42 - 7253

Eckhardt Rathgeb
ING. CIVIL
DIAGONAL NORTE 760 — T. E. 34 - 8129
Ofic. 77 - 3er. piso

Eduardo Saubidet
ING. CIVIL
TALCAHUANO 1090 — T. E. 42 - 2173

Jorge A. Scotto
ING. CIVIL
BOLIVAR 177 — T. E. 33 - 3730

Patricio L. Shanley
ING. CIVIL
DONATO ALVAREZ 247 — T. E. 63 - 6272

Raúl F. Torreguitar
ING. INDUSTRIAL
SUPERI 1825 — T. E. 73 - 3910

Silvio Pablo Uberti
ING. INDUSTRIAL
Hdo. DE IRIGOYEN 128 — T. E. 38 - 3432

Basilio Uribe
ING. CIVIL
5 DE JULIO 1953 — T. E. 741 - 0560
OLIVOS

Vargas y Aranda
ARQUITECTOS
SAN MARTIN 683 T. E. 31 - 1211 BUENOS AIRES
CALLE 31 U. T. E. 619 PUNTA DEL ESTE

Luis Vernet Basualdo
ARQUITECTO
POSADAS 1359 — BUENOS AIRES

Antonio J. Vilá
ING. INDUSTRIAL
MALABIA 2364 — T. E. 71 - 4768

VARIOS

Dr. Carlos H. Campi
BIOQUIMICO
Análisis Clínicos
LIBERTAD 893 — 44 - 3840

Mario L. G. Costantini
AGRIMENSOR
CALLAO 626 — T. E. 44 - 2474

SUMARIO

DEL NUMERO ANTERIOR
"CRITERIO" Nº 1149

CORREO Argentino Central (B)
FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 231
TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 476

Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap. m$n. 50.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1309 - Bs. As.

25 DE OCTUBRE 1951
Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso